Año 1933 Número 63 Octubre-Diciembre

BOLETÍN
DE LA
Academia Sevillana de Buenas Letras



SUMARIO

Fotografías Sánchez del Pando. Fotograbados Salmeán.

Año 1933 Número 63 Octubre-Diciembre

BOLETÍN

DE LA

Academia Sevillana de Buenas Letras

JUANITO ARROYO SE CASA

(COMEDIA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO)

Esta es la noticia que un buen día saca de sus quicios a todo el mundo en Las Canteras, pueblo andaluz de cuyo nombre nos acordamos siempre, y en cuyo recinto corren las escenas de *Malvaloca*, la pecadora que quisiera fundirse como una campana, y de *Mariquilla Terremoto,* la criatura que nace en el fango y alcanza luego, por su aquel y sus méritos, brillante posición.

¡Juanito Arroyo se casa! ¡Que sí! ¡Que no! ¡Que usted ha de verlo! ¡Que no puede ser! ¡Que esto, que lo otro, que lo de más allá...! Quien está en lo firme, como quien está equivocado, quién gana o quién pierde en las diferentes apuestas que se originan, pronto se ha de ver. Con el cómo, y el cuándo, además, que es donde está el busilis.

* * *

Echemos ahora, por no perder la obligada y sabrosa costumbre, un cuarto a autocríticas. Porque si bien es cierto que el autor como mejor habla de su obra es con la obra misma, no lo es menos que halla una cierta satisfacción en comunicar públicamente sus ideas y propósitos, su concepto del arte que cultiva, etc., etc., aunque

ello, por lo general, sirva de poco. Después de todo, no es la primera vez que decimos que un drama, una comedia o un sainete logrados, valen por toda una biblioteca de teorías.

Se anda ahora mucho a vueltas con la manía de la renovación,



Un enamorado andaluz
(En el monumento de Madrid a los Quintero)

de la novedad a toda costa y de no dejar en ningún arte títere con cabeza. Nosotros, que acogemos siempre con gran ilusión a todo escritor original capaz de ofrecernos vetas nuevas de las inagotables minas de la creación artística, nos reímos, sin poder remediarlo, del prurito de la novedad mensual que padecen algunos. Además creemos firmemente que el verdadero arte, el que vive

siempre, el que alienta en todos los tiempos, es ajeno al influjo efímero de las modas; y que si a un escritor no le vuelve la espalda el público contemporáneo, sino que lo sigue y lo estimula, es porque marcha con su tiempo y continuamente se renueva, del mismo modo que renuevan al público, sin proponérselo, las sucesivas generaciones.

Entre las diversas modalidades de don Juan que esperan en nuestros apuntes, y a las que, si Dios es servido, les hemos de ir dando vida escénica, ahora le ha tocado la vez, después de *Don Juan, buena persona,* a este *Juanito Arroyo.* Pero ni él, ni el anterior, ni los que quiera que hayan de seguirles, deben ni deberán su existencia a sugestiones del mito de Don Juan, ni de sus multiformes leyendas, sino a nuestra observación directa de la vida. No son imitaciones literarias, sino seres cuyo germen nos dieron los que conocimos nosotros en nuestro constante y fructífero trato con hombres y mujeres.

Sin intención de imitar el ejemplo del mayor padre de todos los dramáticos, que en ciertos casos, para no perder independencia ni audacia creadora, sacaba de su despacho oportunamente a Plauto y a Terencio, así nosotros, aunque con distinto propósito que él, alejamos en esta ocasión de nuestro telar modestísimo las sombras augustas de todos los Don Juanes literarios, desde el del insigne Padre de la Merced hasta el del atormentado creador de *El hombre y sus fantasmas.* Y humildemente nos quedamos solos, cara a cara, con nuestro *Juan Arroyo,* o dígase *Juanito,* cuya vida, hazañas, felonías, mentiras y verdades—éstas las menos—conocimos de cerca.

Ni se lo tragó la tierra, como al de Tirso, ni se fué al cielo de la manita de Doña Inés, como el de Zorrilla; sino que vivió—a lo menos en la época en que tomamos nota de su vida y milagros—engañando a cuantas mujeres quiso, por obra y gracia de su travesura natural, de su desaprensión, de su cinismo hipócrita, de su labia y de su simpatía; cualidad esta última que consideramos como inherente al *donjuanismo.* Porque un Don Juan antipático o repulsivo, pocas hazañas anotará en su lista. Y cuenta que nosotros tenemos, en nuestros apuntes del natural, un Don Juan feo, muy feo, pero con mucha gracia y atractivo.

¡Singular psicología la de este libertino nuestro, que domina el

arte de la burla y la persuasión, y que, después de traicionar arteramente a una mujer o de escapar con astucia y engaño de una



Una apasionada
(En el mismo monumento, obras de Coullaut Valera)

horrible venganza, le reza con la mayor devoción una salve a la Virgen!

Así es este hombre: así nos lo mostró la vida. Y así también algún pasaje que en la comedia pudiera parecer audaz capricho de nuestra invención, no es sino trasunto de reales escenas análogas.

Si la creación ha sido feliz y la composición y el diálogo han obedecido a nuestra intención y cumplen su objeto, la una construyendo y afirmando graciosamente el edificio, y el otro llenándolo del alma de las gentes que viven en él, la representación lo dirá. Nosotros confiamos en el buen arte de todos los intérpretes.

Hemos escrito esta obra solicitados por una nueva pareja de comediantes, Antonio Vico y Carmen Carbonell, dignos de la ayuda de todos. ¡Ojalá responda cumplidamente a las ilusiones que fundan en ella! Mucho pueden en el empeño su juventud y su valer, y mucho los obliga por otra parte el nombre y el apellido del titular de la compañía, gloriosos en la escena española.

En nuestra mocedad, casi en nuestra infancia, soñamos—el soñar es libre—con que algún día estrenara una comedia nuestra D. Antonio Vico, a quien conocimos y admiramos en Sevilla. No se logró, por desgracia nuestra, aquel sueño; y ahora va a estrenárnosla un nieto del inolvidable comediante. No es mala señal para nosotros. ¡Se vive!

S. y J. Álvarez Quintero



LA NOVELA, GÉNERO LITERARIO

IDEAS Y REFLEXIONES

El centenario del nacimiento de Pereda, cumbre señera en el arte de novelar, nos trae como de la mano a exhumar unas previas consideraciones acerca de esta forma singular del arte literario, que tan grande y poderoso arraigo ha alcanzado en nuestra patria.

Así, burla burlando, sin otro propósito, iremos al escribir estas consideraciones, rindiendo tributo al esclarecido autor de *Sotileza* y dedicando una sesión ordinaria de esta ilustre Academia Sevillana de Buenas Letras, al enaltecimiento del escritor insigne y del novelista de nombre imperecedero (1).

Hace algún tiempo, Pío Baroja publicaba, con motivo de la aparición de su libro *Las figuras de cera,* unas notas de explicación y crítica en el periódico madrileño *El Sol.* Alrededor de esas notas surgieron unos comentarios de Ortega y Gasset sobre el arte de la novela en relación con el curso de las ideas estéticas fundamentales. En el prólogo que, por vía de teoría y explicación temática, colocaba el mismo Baroja a la obra *La nave de los locos,* se continúa la exposición de doctrina. Últimamente el profesor de Filosofía

(1) Don José María de Pereda fué propuesto Académico Correspondiente de la Sevillana de Buenas Letras el 21 de junio de 1895 y elegido en votación unánime el día 28 del mismo mes y año. Concurrió a la sesión ordinaria del 8 de mayo de 1896, pronunciando el entonces Director de la Corporación, D. Ramón de la Sota y Lastra, un notable discurso en alabanza de los grandes merecimientos literarios del novelista insigne. Se leyó en dicha sesión un capítulo de la novela *Peñas arriba,* y los Académicos numerarios Velilla, Rodríguez Marín y Montoto también leyeron composiciones poéticas originales que merecieron cumplido elogio de Pereda. El 25 de junio de 1897 fué elevado a la clase de Académico Preeminente de la Sevillana de Buenas Letras.

ha acumulado sus pensamientos, reuniéndolos bajo el tema *La deshumanización del arte e ideas sobre la novela.*

Todo ello nos incita a traer a la cabeza de este bosquejo del autor de *Peñas arriba,* unos comentarios previos acerca de la novela y de su valoración literaria y estética.

Según Ortega y Gasset, durante el siglo XIX «los artistas han procedido demasiado impuramente. Reducían a un mínimum los elementos estrictamente estéticos y hacían consistir la obra, casi por entero, en la ficción de realidades humanas». «Romanticismo y naturalismo—añade—, vistos desde la altura de hoy, se aproximan y descubren su común raíz realista».

Planteada así la cuestión, en relación con las categorías fundamentales del arte, lo primero que precisa es confesar si existe un arte puro, que pueda llevar como sangre nueva de su torrente circulatorio, un fresco líquido de transparencia ideal. O dicho en términos más escuetos: si hay la posibilidad de lograr un arte puro. Cuando se enuncia así la tesis, se trae a colación un viejo problema, que agitó durante largo tiempo el pensamiento y la controversia del medievo: la cuestión de los *universales.* Pero es indudable que el intento reformador, que busca una raíz diferente al proceso artístico, cumpla o no sus fines, llene o no el propósito inicial de sus innovadores, va a enfilarse directamente, con una modalidad digna de toda atención y merecedora de la más diligente y cuidadosa observación: la deshumanización del arte.

Vamos con la novela.

¿De dónde nace su actual decadencia?

Sigamos con el proceso de estas ideas, esbozadas de un modo somero.

Indudablemente, no obstante el valor de transformación que ha querido concedérsele, como expresión actual de lo épico pretérito, aparte siempre la exageración de concepto que ello envuelve, hay que reconocer que el fondo argumental del género ha sido siempre de tipo humano y, por ello, de condición real.

Este realismo, que navega en aguas de contemplación de lo vivido, viene a luchar con el pensamiento de la estética nueva, cuyas líneas se forjan como ingrávidas manifestaciones de un arte intranscendente, que nos atreveríamos a llamar *apopular* para no

incurrir en el defecto de tacharlo, con apresurada censura, de estar fuera de la comprensión y el sentimiento populares.

Pero es que hay otra causa, de evidente influencia en la segura decadencia del género. «Es un error—afirma Ortega y Gasset—representarse la novela como un orbe infinito. Mejor fuera imaginarla como una cantera de vientre enorme, pero finito».

De donde se incide en la conclusión de que, lentamente y por un procedimiento caudaloso de extracción, se ha llegado a la total explotación de la cantera, y sólo quedan a los obreros actuales pequeñas y profundas venas de piedra, sobre las que, trabajando el talento, puede sacar temas precarios, no asequibles al glorioso devenir artístico.

De aquí que, remontando el curso del razonamiento, pudiéramos acentuar el carácter *histórico* del género, como compensación adecuada a su decadencia *actualista*.

Quizás todo lo iniciado no sea absolutamente lo exacto. Pero conviene no olvidar que el concepto de lo absoluto se escapa de entre nuestras manos con una sutileza metafísica, y que también contribuye a negar valoración momentánea a la novela el afán de hogaño de búsquedas sociológicas, en las que se plasma el aspecto materialista que domina la concepción actual de las gentes, reflejo del ansia de bienestar que se ha desatado en el mundo y que prometen con tanta profusión y con tan abundante euforia, las doctrinas y soluciones en boga.

De intento hemos dejado a un lado la invocación de aquella ley del «cansancio de las formas» enunciada por Otto Schubert. No queremos incitar a la polémica. Los nuevos estetas no creen que sea ese el fundamento del arte que adviene. Allá ellos. Lo cierto es que por tal género de consideraciones, el estudio, aunque somero y sin pretensión de valoraciones críticas, de un novelista, tal como este señor de Polanco, alcurnioso y prócer, tiene un gran interés y ha de ser materia propicia a reflexiones y comentarios, de una evidente y clara actualidad.

UN INGLÉS VIAJERO
SU HALLAZGO DE UN NOVELISTA

Havelock Ellis viajó por España entre los últimos días del siglo pasado y los primeros del actual. Fué, pues, un viajero *fin de siècle.*

Pero Havelock no era un indocumentado, ni un buscador de la españolada. El viajero inglés, que realizaba su visita en momento tan propicio para la observación y el estudio—el derrumbamiento de nuestro poderío colonial—, era un tipo intelectual perfectamente definido. Sobre 1892, aproximadamente, había escrito una obra densa y considerable, bajo el título general de *Estudios de Psicología sexual.* La obra, vertida cuidadosamente al castellano, forma parte de la Biblioteca Médica de Autores Españoles y Extranjeros. Toda la vasta materia sexual está tratada por el autor, desde su punto de vista, con un amplio concepto experimental. Ello indica que el viajero no era un simple turista. Observador calificado de cosas y hechos, sus experiencias sobre la actualidad española tienen un alcance verdaderamente eficaz.

En su libro denominado *El alma de España,* se exaltan, a la luz de una crítica imparcial, los hechos y los valores peninsulares.

De entre éstos se hace relación a dos de ellos como fundamentales: Velázquez como pintor y Juan Valera como novelista. ¿Qué quiere decir tal síntoma?

Havelock Ellis muestra, en el último capítulo de su mentada obra, un conocimiento de la psicología española penetrante y sagaz. Ha leído con fruición y estudiado con acierto a los pensadores más relevantes de la época. Ganivet, el autor de *Idearium,* que sepultó románticamente su cuerpo, enfebrecido de ideales, en las aguas de un río, no tiene para él secretos. Tampoco los posee aquel león de Graus, magnífico y altivo, que escribió las páginas inmortales del *Colectivismo agrario* y cinceló la fórmula de las reivindicaciones patrias en las frases «Escuela y Despensa». Le era familiar el pensamiento de Macías Picavea, el catedrático vallisoletano, cuyo texto de Geografía es, al par que un exponente científico sobre el mérito del profesorado español, un tratado de buen decir, limpio el estilo y grave y resonante la palabra.

Y sin embargo, una de sus más profundas admiraciones la rinde ante un novelista. Es que la novela tiene un valor potencial literario y un valor de profunda raíz filosófica, en cuanto al conocimiento del medio en donde se produce. Rezuma gota a gota, con transparencia magnífica, la esencia viva, de olor profundo y penetrante, que trae hasta nosotros como el soplo ideal que alienta en el espíritu de la raza.

PAISAJE MONTAÑÉS
DEL EXTERIOR AL INTERIOR

Estamos en Polanco.

Polanco pertenece al partido de Torrelavega. Torrelavega es uno de los puntales tradicionales de Santander.

Hablar de Santander es hablar por antonomasia de la Montaña. Toda la provincia está ceñida por altos y escabrosos montes que extienden sus derivaciones por el territorio hasta la propia región litoral. Los picos nevados del Tejo y de Lunada, el cuerno de Peña Sagra, los Picos de Europa, el de Contés y la Peña Vieja, entre otros, constituyen la gigante sinfonía de la tierra que eleva sus trompas al cielo y se las ofrenda en blanduras de nácar antes de hundirse en el proceloso misterio del Cantábrico. En el núcleo montañoso de la región meridional palpita la primera estrofa cantarina del Ebro, que es aire de jota al pasar por Zaragoza y es melodía de aguas al romperse sobre el Mediterráneo, azul, luminoso y profundo.

Y en Polanco, remanso de paz, alrededor del barrio de la Iglesia, con carreteras que saben de la proximidad de Santander, que abren paso a Santillana y que pueden comunicar con la adusta Palencia, encerrado en su casa, a la que se llega por alamedas frescas y umbrosas, escribía sus obras, llenos los sentidos de la belleza del paisaje y cuajada el alma de admiración, este grave señor, de nariz aguda sobre la que cabalgan unos lentes de oro y de revuelta melena crespa, que da al rostro un perfil velazqueño, de estampa típica y hondamente española.

¡El paisaje!

Cuentan que el escritor José Zahonero, espíritu batallador, que con varia fortuna tentó los caminos del éxito, fué una vez a Polanco a visitar a Pereda y ante la contemplación de la naturaleza, ante el paisaje que desde el gabinete de trabajo se ofrecía a sus ojos encantados, exclamó:

—Aquí, yo mismo hubiera escrito *Sotileza*.

Pero es que a todo paisaje exterior ha de responder un paisaje interior. El sentimiento de la naturaleza es algo innato en el hombre. La expresión de ese sentimiento en palabras, con idealizaciones luminosas, con una belleza fundamental, es sólo obra del

artista. Y es que por encima de toda disquisición, al margen de toda prédica sobre el naturalismo y el realismo, el arte será siempre una realidad idealizada o un idealismo realista. Deshumanizarlo absolutamente, es negarle su origen y su fin. Es de hombres y para hombres, y la categoría más serena suya estará en que llegue a la humanidad como recreo espiritual, como canon de belleza extraído con mano vigorosa de la piedra viva de su existencia, canon que no rehuye el alcance de la metáfora más sutil, como no rehuye el fondo la vaga y etérea ligereza de los adornos o del color.

EMOCIÓN TRANSMITIDA
LA SAUDADE DEL EXPATRIADO

Decía Menéndez y Pelayo, en el Prólogo a las obras completas de Pereda, que éste era «el más montañés de todos los montañeses, identificado con la tierra natal, de la cual no se aparta un punto y de cuyo contacto recibe fuerzas, como el Anteo de la fábula, apacentando sin cesar sus ojos con el espectáculo de esta naturaleza dulcemente melancólica y descubriendo sagazmente cuanto queda de poético en nuestras costumbres rústicas, no ya con su aspecto exterior, sino con algo más profundo e íntimo que no se ve y que sin embargo penetra el alma; con eso que el autor y sus paisanos llamamos el sabor de la tierruca, encanto misterioso, producidor de eterna saudade, en los numerosos hijos de este pueblo cosmopolita, separados de su patria por largo camino de montes y de mares».

El montañés es viajero por obligación. La tierra en que nace, la amada tierra, húmeda y blanda, como una caricia materna, no le presta medios de desenvolverse y ha de abandonarla, muy de niño, para buscar en otros lugares el sustento y labrarse en otros climas un porvenir.

La inmigración y la emigración son las dos anchas vías que señalan sus rutas juveniles. Sale a todos los lugares de la península y cubre las extensiones de la América hispánica, en una peregrinación, si no regocijada y gozosa, resignada y amable. Pero lleva dentro del alma el paisaje interior, como una viva recordación de la niñez pretérita, de la madre cariñosa, de la abuela estremecida por el vendaval de los años, que hacía con el sarmiento de sus

dedos encajes de caricias sobre la piel tersa, fresca y rosada del adolescente querido. No hay lejanía que le quite de ante los ojos el paisaje de la tierra bien amada. Los montes altos, enormes, ingentes, que elevan al cielo su oración de piedra hundiendo en las nubes la cresta solemne y magnífica, en donde tiemblan de blancura las nieves del invierno; los valles apacibles, húmedos y frescos, sombreados de vez en cuando por los álamos en hileras disciplinadas; las costas alborotadas y bravías, sobre las que el mar escribe, con rugidos augustos, el sinfónico poema de las olas, que saben el secreto de los madrigales hechos de espuma nacarada sobre las arenas infinitas de las playas; las romerías, en que se exalta el sentimiento patriarcal y fervoroso de unas gentes llenas de sencilla unción cristiana, que en ellas saben de los eternos conflíctos del amor, que retoza en tanto el tamboril suena y la música expande sus notas... todo eso vive en el exilio del montañés y le recrea en graves contemplaciones interiores, salvándole del naufragio de su desesperanza y colmándole de fuerzas para llegar al fin soñado.

Y los libros de Pereda han tenido para los ausentes un hondo valor emocional. Pereda, poeta altísimo, en prosa limpia y transparente ha dado forma al vago sentimiento de la raza septentrional, llevándolo a sus libros con un colorido insospechado y único, con un realismo portentoso, en el que los matices de idealización logrados por su genio le han infundido vida propia y emoción singular.

Y estos libros han sido el evangelio de la saudade del ausente.

La saudade es, para los celtas y para los portugueses, algo único e inconfundible. Es la tristeza del bien perdido y la esperanza del nuevo encuentro. Un regusto, dulce y agrio a la vez, que hace del pasado presente y del presente pretérito; una maravillosa taumaturgia espiritual, que nos trae la evocación para consuelo y nos la presenta lejana para desesperanza y dolor. Como agua milagrera y milagrosa, que calma una sed y enciende un deseo inextinguible. Como beso que se pide anhelante y, logrado, nos deja una inefable sensación de volverlo a sentir sobre nuestro rostro, que se arrebola con la caricia y se duele también de la honda sensación de la caricia misma.

DE CERVANTES A PEREDA
LA NOVELA DE COSTUMBRES

Pereda no fué sencilla y simplemente un novelista. Su arribo a este género literario tuvo un período de preparación previa, que pudiéramos explicar. En realidad, llegó a la novela como una evolución de su primer modo, de autor de artículos o cuadros sueltos de costumbres. Así su novela tiene el carácter fundamental de este género, tan difícil y tan interesante a la vez. No abre la amplia y anchurosa vía por la que se derrama el sentimiento épico de la raza, en la prosa abundante de tal modo de creación de belleza literaria. No consagra a la novela como una modalidad moderna, en que se recluye el valor poético de la esencia del presente, tan lleno de modalidades prosaicas, que han obligado a la forma métrica a realizar un largo y desconocido viaje en espera de mejores tiempos. Su pretensión es más somera, pero no menos interesante. Es un género que desea sólo sacar a flor de luz las costumbres de un lugar, de un sitio, de una región, sobre el amplio marco de la región misma. Género este, sin duda alguna, como afirmó el insigne Menéndez Pelayo, el más difícil de todos, pero también aquel al que han tratado de asomarse con más frecuencia y mayor impudicia todos los aventureros del arte

La dificultad es mayor si se tiene en cuenta que en la novela de costumbres, lo fundamental es la presentación de tipos y costumbres y de paisajes y no el argumento, por donde la vida del género surge con independencia del fondo de la acción y labra su intensidad y su fuerza en lo que es, en los demás casos, aleatorio y como adecuado complemento.

Es un modo relativamente moderno, pero no exento de antecedentes valiosos en la literatura española.

De entre las novelas ejemplares de Cervantes descuella como género de costumbres *Rinconete y Cortadillo,* modelo singular y no superado. El ecijano Vélez de Guevara alzó en alto el pendón de su *Diablo Cojuelo,* y Quevedo en sus *Sueños* mostró la eficacia de su temperamento irónico y las agudas dotes de observación. Mesonero Romanos llevó la fórmula a su *Panorama Matritense;* Estébanez Calderón (El Solitario), a su modo, creó las páginas de *Escenas Andaluzas,* y la autora de *Clemencia,* nuestra admirada Cecilia Bohl

de Faber—tan grata a este compañero franciscano, que, con sus barbas luengas, da a la Academia empaque de vieja estampa romántica—, ganó una singular batalla, marcando el rumbo de la novela de costumbres españolas con un fuerte y bien determinado sabor local.

Tiene esta novela un grave inconveniente para conducir al triunfo: la falta de una acción que entrame y dé nervio a las páginas. Tiene un peligro notorio: el de que se pierda entre el paisaje el valor documental del género, de tan positivo contenido histórico sentimental. Pero cuando se logra el punto de culminación ¡qué gloriosa y honda literatura la que labra el genio en holocausto al espíritu de una raza!

Tal hizo Pereda y tal fué su renombre y su aureola. Ganó el uno y consiguió la otra, con una serie de libros impecables. Desde las *Escenas Montañesas* hasta *Pachín González,* desde *Los Hombres de Pío* hasta *Pedro Sánchez*, en donde se escapa a la fórmula localista y da a su obra un aire de universalidad, resplandece el sentimiento de la belleza que le invade y penetra y que da vida imperecedera a su producción. El estilo es claro, limpio, alcurnioso. Se mezcla de voces propias de los lugares y sitios, pero tan felizmente engarzadas, que parecen surgidas de la misma sintaxis por un procedimiento natural. Lenguaje comprensivo para todos, el docto y el profano, tiene la difícil facilidad de lo inspirado y la noble arrogancia de lo idealmente estético.

EN MEMORIA

Y basta ya para recordación, que ahondar en estos temas pudiera parecer pretensión crítica y ansia de dogmatismo en estas líneas.

Ni nos propusimos tanto, ni, aunque nos lo hubiéramos propuesto, sería dable el lograrlo. Todas estas disquisiciones traen a sola colación el deseo de rendir un tributo al maestro glorioso al cumplirse el centenario de su natalicio. Y rendírselo aquí, en Sevilla, en el punto opuesto de la Montaña, en donde toda comprensión tiene su asiento y todo arte acogida noble y asilo de justicia. Y desde esta Academia, que en la barca de su ideal, henchida de aire la vela blanca, quiere portear hasta el Cantábrico unos ramos

de olivos de nuestra tierra, fecundada por el Betis, para ofrendarlos en Polanco a la memoria de aquel señor, romántico y noble, que hizo florecer en las páginas de la literatura patria toda la vida de la región santanderina, entre el mar gigante y la montaña que corta, con su silueta, la dilatada extensión del paisaje.

MANUEL BLASCO GARZÓN

Sesión del día 18 de febrero de 1933



OFRENDA A SALVADOR RUEDA

I

CREADOR DE PERLAS

Sus libros son como jarrón de rosas,
sus cantos, sublimadas armonías,
panoramas de bellas lejanías,
cielos con ninfas y gentiles diosas;

nacaradas auroras luminosas,
vergeles de perennes ambrosías,
brocados convertidos en poesías,
joyel donde engarzó «Piedras preciosas»...

Y por eso sus perlas deslumbrantes
ganaron a su nombre excelsa palma
hasta en los continentes más distantes..

Repose el vate insigne, duerma en calma,
¡pues sus versos, cascada de brillantes,
exaltan las facetas de su alma!



Retrato de Salvador Rueda

II

CANTOR DE LA RAZA

No sólo fué color, fué sentimiento
lo que vibró en sus cánticos triunfales,
fueron humanitarios ideales,
de España el corazón y el pensamiento.

«Por ambos mundos» resonó su acento,
cantando nuestras gestas nacionales,
porque fueron sus salmos inmortales,
«lenguas de fuego» que difunde el viento.

Dos hemisferios con su verbo enlaza,

do la bandera ibérica tremola,
símbolo y estandarte de la raza.

Nuestra Historia burila y acrisola
y con himnos de amor la prole abraza
de esta hidalga y genial patria española.

III

INMORTALIDAD

Nació cual sol que irradia y reverbera,
do el mar su cuna con caricias baña
y por eso, genial, vibró en su entraña
la luz y el fuego de la tierra ibera.

Llevado triunfalmente por doquiera
puso muy alto el pabellón de España
y su estro excelso que jamás se empaña
fué para el arte celestial lumbrera.

Pero ese astro en la tierra halló su ocaso
para surgir más grande y duradero
por las gloriosas cumbres del Parnaso:

que el genio nunca fué perecedero,
pues la inmortalidad le abre su paso
por ley divina, por egregio fuero,

¡como eternos serán Petrarca y Tasso
y la obra de Cervantes y de Homero!

TIRSO CAMACHO

Sesión del día 5 de mayo de 1933

YO CONOCÍ AL POETA....

Una doble emoción, Señores Académicos, corre por mi pluma impregnando estos renglones y vertiendo en ellos, junto a la nota del recuerdo, mi gratitud a un tiempo por este homenaje a Salvador Rueda, con quien me ligaron fuertes vínculos de amistad, de paisanaje y de admiración, creyéndome tocado por ello de alguna razón de albaceazgo en el hoy solemne de la Academia; que unido voy a su memoria, a más de todo, por la devoción que siempre le rendí, culto fervoroso y perdurable al poeta excelso de briosa rima, catador de laureles y honores, que jamás lograron abatir la humildad y la modestia proverbial del cantor insigne.

No pretendería yo aquí, hacer tampoco un juicio literario o crítico sobre la obra del maestro, juzgado ya, antes y después de muerto, como merecía su arte y su figura, que supo escalar, para su gloria, las cumbres más codiciadas de la reverencia humana.

Yo conocí a Rueda personalmente hace muchos años. Mi admiración a las bellas estrofas polifonas del maestro me acercó a él, siendo yo estudiante en Madrid, con ocasión de la lectura de su poesía a Espronceda en un certamen literario, ante un público absorto y electrizado.

Y en el rumbo y en las horas de mi vida después, muchas veces, me solacé con el recuerdo y el deleite de las estrofas predilectas, plenas de palpitación vital, música y pasión y ritmo y arte a un tiempo, aromas de ternura y fe, saudades y tristezas y añoranzas, con la emoción de la fuerza descriptiva, valiente y sonora, de la maga inspiración meridional. Y ya, hasta muchos años después—hace dos veranos—, que fuí a Málaga a visitar al maestro, con la misma unción con que se visita a un santo.

Y en una casa modesta y humilde—como su persona—, en las faldas del monte, atalaya del mar vecino, rendí al poeta mi postrer saludo, en unas horas de inolvidable sabor, ante los chorros de oro de su fantasía, torrencial de bellezas, incansable forjadora de imágenes felices, troqueladas con el arte exquisito de su palabra.

Y allí, y ante mí absorto, adquiría resonancias mágicas la voz menuda y leda del ancianito glorioso, ya recluído, por el cansancio de los años y los desengaños, en el sosiego del lar apacible, avaro de percibir y sorber en el voluntario retraimiento, el tibio y confortable aliento de esas sensaciones puras y gratas, olor de campo, de prados y de flores, de brisas salinas, silencio dulce de oratorio en el regazo de la tierra madre.

El campo es como un paraíso en la vida.
Todo lo que nos hiere, en su calma se olvida.

Yo os digo, Señores Académicos, que asistía a aquellos momentos imborrables con la misma emoción que si contemplara una reliquia. No en balde los años habían pasado, labrando la huella de la senectud triunfal. Casi ciego y consumido, ya mustias las pupilas que supieron de las bellezas de tantos panoramas, musa de sus versos, el viejecito amable me abrió sus puertas—las de su casa y su espíritu—con su generosa y proverbial cortesía, embalsamando y recreando las horas que me retuvo embelesado, con la grata sinfonía orquestal de su palabra, débil y suntuosa a un tiempo, latidos de su inspiración de águila matizados con la ternura de su caudal emotivo.

Y así, pasto de la hostilidad senil, cansado y rendido, el gran poeta distraía sus años postreros entre Benaque—nido de los montes donde meció su cuna—y Málaga—la gentil y alegre ciudad—, siempre a la vista del mar azul, donde sus ojos ya tristes y opacos, borrachos de tanta belleza, añorarían los eternos horizontes de luz y de color, la magia de los crepúsculos marinos, el gran escenario de la naturaleza amada con la opulencia de sus vistosas perspectivas, algo difuminadas ya en las lontananzas del recuerdo.

Aquel día para mí fué memorable, en el halago de mi espíritu. Allí, el desfile profuso de las bellas ideas, cabe las nostalgias y tristezas de la ancianidad, salmos y reverencias de la fe y del arte,

las galas de la poesía en todos los momentos del alma prócer; en la solemnidad de unas horas vividas con fruición y deleite en el albergue humilde del humilde poeta glorioso, que supo de los más altos homenajes en todas las latitudes del planeta.

Y heme allí frente a él, en el saboreo selecto, para percibir con la unción merecida las evocaciones de la más pura y excelsa solera estética de la tierra malagueña.

Por eso, Señores Académicos de la Sevillana de Buenas Letras, ya que habeis tenido la gentileza y la distinción de ofrecer este homenaje, avalado con el mérito de vuestras aportaciones, me he creído obligado y aludido en mi triple calidad de amigo, paisano y admirador de Salvador Rueda, y os expreso mi gratitud como si el honor y el mérito ajeno me afectara; como queriendo buscar cobijo y amparo y aliento a mi insignificancia literaria en esta Academia, asiéndome y enrolándome a cualquier afinidad o motivo, que en este caso lo forjo y lo presumo: con el aroma de la amistad, con el recuerdo de una comunión artística y con ese vínculo de la común tierra madre, donde nació y donde reposan las cenizas del más alto y esclarecido poeta meridional.

FRANCISCO BLÁZQUEZ BORES

Sesión del día 5 de mayo de 1933



Cartas inéditas de Salvador Rueda a Ramón Martínez Cebrián

«Benaque a 26 marzo 1931.—Mañana regreso a la Málaga.

Sr. D. Ramón Martínez Cebrián.

Venerado amigo, admirado poeta: Estoy en el campo batallando con mis dolencias, cada vez más acentuadas, como es natural. Esto hace que descuide mucho mi correspondencia y que se vayan oxidando todos los resortes de mi vida. Es el acorralamiento en el callejón sin salida de la muerte. A la disposición de Dios está mi puñado de miseria,

Le escribo para darle gracias de todo corazón, primero por su caballeresca actitud en ese glorioso Ateneo de Sevilla a favor de mi inmerecido monumento público; y después por la felicísima expresión de la idea de su soneto al monumento mismo, tanto que del mundo de cosas que en toda América y toda España se han emitido acerca de mi arte, creo que la idea de Ud., a pesar de su breve espacio, pudiera servir de afortunada síntesis a todo lo expresado, y eso es algo rarísimo, a lo que contribuye el momento elegido para simbolizar su pensamiento. Creo que este es el chispazo capital de su vida, la cual baraja los hombres y los sucesos en acordes imprevistos que sólo conoce Dios. Le he tachado los dos versos últimos, que le sobran en absoluto y quitan esplendor, fuerza y significación a la idea. Perdone el desacato a su favor, de su amigo que le admira y mucho le quiere

Salvador Rueda (rubricado)

P. S.—¡Cuánto sentiré dejar este mundo sin volver a ver a

Sevilla! ¡Ya estoy viejísimo y es imposible, y no puedo resignarme! Aunque su soneto pierda así el troquel clásico, queda en organismo silábico modelado de un modo nuevo. En la dedicatoria está más sintético y da más relieve a la idea, sólo el nombre y el renglón



Benaque. - Aldea de Salvador Rueda

del motivo. Lo manuscrito, sobra y quita poder al pensamiento. No dirá Ud. que no le quiero, al hacerle tan sanas observaciones en su bien.—Titulada *Tu blasón;* debajo el nombre como está; y después el renglón del motivo por que ha sido escrita, su breve composición se eleva a una gran síntesis y a un gran símbolo, que irá, como escudo, en alguna obra mía.»

«Málaga 1.° junio 1931

Sr. D. Ramón Martínez Cebrián.

Querido amigo: Mis enfermedades me obligan a pasar largas temporadas en el campo, y ahora, al regresar de la aldea, me encuentro su carta en *Lista de Correos.* ¿Qué me parece su soneto? No tan afortunado como otras cosas suyas, por el abuso de repetir tanto el participio en los consonantes y porque la trayectoria de la idea, *Patria,* que empieza bien, va descendiendo hasta un final

débil de expresión y apagado de ritmo. Es más gallardo, además, cerrar oración en el primer terceto, y no dejar colgando la idea para que entre en el terceto segundo ya jadeante y agónica, al revés de los ríos, que van sumando afluentes hasta entrar triunfantes en el mar. Ahora está admitido todo lo que quiere el capricho, como soneto (y no me refiero al de usted), pero es siempre una huída impotente al desbarajuste. Casi todas las aves más gentiles, el *ave-lira,* el *ave del Paraíso,* el *pavo real,* poseen el troquel del soneto: un moño arrogante en la cabeza donde está la idea capital expuesta, y una maravillosa baraja de plumas triunfales en la cola. La Naturaleza da siempre a todo, la norma y el arquetipo para organismos de belleza artística. Un ser silábico, un individuo fabricado de rimas, un sujeto armonioso, tiene su cabeza inicial, su cerebro, su idea, y se desarrolla en ritmos, acordes y en cadencias de equilibrios vitales, y nace autónomo de su creador y apto para ir por la vida, como ser perfecto que nace de una mujer, roto el andamiaje del cordón umbilical. Una poesía puede, si quiere, huir y volar de nuestra mesa, porque es un pájaro divino con sílabas de plumas. Todas las creaciones de la *Madre Inmortal* proceden así; y en otros Universos de otras lógicas no se sabe, pero en este Universo, tenemos que proceder como nuestra inmensa Profesora la Creación, como nuestra lógica Madre la Naturaleza. Mucho le estima su buen amigo

Salvador Rueda (rubricado).

«Málaga 26 diciembre 1931

Sr. D. Ramón Martínez Cebrián.

Querido amigo Cebrián: Gracias muy sentidas por sus renglones viriles y sinceros. Y vea Ud. ahora un caso singular: de versos que escribo para mí, hice una colección de cincuenta que titulé *El Poema del Beso* (el Beso de Dios). Por su honda trascendencia, su atrevimiento filosófico en los temas y su originalidad, quise conocer la opinión de mi amigo de Madrid, el insigne poeta don Mariano de las Cuevas García, el cual, no ha encontrado manera más completa de manifestar su juicio, que la de devolverme el original del Poema, *impreso en una gran edición de lujo*, como regalo suyo



Casa donde nació Salvador Rueda en Benaque (1)

regio. Creo que este es un caso que no se habrá dado jamás en el Mundo de las letras de ningún país. Como el Poema lo componen

(1) La inscripción dice así:

EN ESTA CASA NACIÓ EL 3 DE DICIEMBRE DE 1857
EL GRAN POETA, PRIMERO DE SU ÉPOCA
SALVADOR RUEDA
FUÉ CORONADO SOLEMNEMENTE EN LA HABANA
EL 4 DE AGOSTO DE 1909
EL AYUNTAMIENTO DE MACHARAVIAYA
ACORDÓ POR ACLAMACIÓN EL 18 DE MAYO DE 1913
RENDIRLE ESTE HOMENAJE

poesías de mi intimidad, lo regalaré yo a mi vez a mis amigos. Aún está en Madrid. Ya le irá a buscar a Ud. a Sevilla. Y sé, que al final del Poema han puesto frases sueltas entresacadas de autores, y sé que de Ud. va una frase también, tomada de aquella poesía-síntesis que Ud. tuvo la bondad de escribirme. Ahora resulta, según me dicen de Madrid, que ese Poema mío *El Poema del Beso*, a pesar y por encima de mi promontorio de años, parece que es lo más vigoroso, original y lleno de vida y fuego juvenil que he escrito (¡!). ¡Así quisiera que fuese su amigo, que le felicita por las presentes Pascuas y por un feliz año nuevo!

Salvador Rueda (rubricado)

P. S.—¡Estoy muy mal, querido Cebrián. Lesionado del corazón; una cruel bronquitis crónica; la vista gastada; una dispersión de todo mi ser. Haga Dios lo que quiera de mi! El recorte que V. me envía es de *El Liberal* de Sevilla, y de ese gran diario he sabido, en ocasiones, que su digno Director y Redactores, han tenido la espléndida generosidad de ocuparse muy fervorosamente de mi humilde persona, gratitud que aunque no revelada, va esculpida en mi corazón. Desde niño, yo he sido un gran adorador de la capital de España y de la Raza, que es *Sevilla* (no Madrid).»

«Málaga 17 febrero 1932

Sr. D. Ramón Martínez Cebrián.

Querido amigo: Con mis años, mis achaques y este frío, ando muy mal avenido. También mi vista, ya escasa, me anula para escribir. Brevemente le diré, que el pensamiento de su poesía *en sí* es bello y trascendental, pero no está bien expuesto ni desarrollado en los dos cuartetos; en cambio, sí están muy bien los tercetos, trazados con soltura, con claridad y con excelsitud. Para mi gusto, cambiando el *se* del último verso en un *la*, quedaría con una doble trascendencia el pensamiento de la composición, puesto que donde cae hecha polvo una estatua, se alza la estatua misma en la aérea maravilla de la Palabra, que ni la maldad la rompe, ni el martillo la despedaza, ni el tiempo la hace polvo, porque contra la pintura y la escultura, la poesía *no tiene cuerpo y es la vibración pura de Dios,*

inoxidable e intangible. El *la* sustituyendo al *se*, hace «más visible» la mutación o metamórfosis del mármol a la Musicalidad del Espíritu, con que construye sus creaciones el Poeta. Perdone la brevedad. Aún tardará algo en venir de Madrid mi libro. Oportunamente irá a buscar a Ud. Las manos de su amigo

Salvador Rueda (rubricado)».

Sesión del día 5 mayo 1933



Carta inédita de Salvador Rueda a José Muñoz San Román

«Málaga 15 junio 1926

Sr. D. J. Muñoz San Román

Mi ilustre amigo: Ayer me ha sorprendido nuestro querido amigo Díaz de Escovar, enviándome el libro de Ud. *Sevilla maravillosa,* que me *acabo de beber de un gran sorbo;* ¡selecto licor, néctar admirable! Ya sabe mis devociones por usted. Su pluma es raciocinio, sentimiento, cultura, delicadeza, misticismo, realidad, ensueño... tiene Ud. *toda la lira.* Y ahora, como pocas veces, ha tenido Ud. que lucir, por lo extenso y complicado del tema, todo ese haz soberano de facultades. Sevilla puede estar bien orgullosa de Ud., que le ha dedicado esa guía sentimental. Tiene gran suerte en esto la famosísima ciudad. Todo extranjero tuvo algo que decir de ella: es la paleta secular donde todos los hombres inspirados han empapado sus pinceles y sus plumas. Entre vosotros mismos hay sucesiones literario-geológicas, que tienen a Sevilla en unas perpetuas andas, en un paso perpetuo llevado en hombros a través de los siglos, a lo largo de un intercolumnio de centurias que se dilata en el tiempo y no termina jamás. Cuando apenas acabo de leer a Sevilla en versos, por Fernando de los Ríos, que ha hecho de ella un calidoscopio deslumbrador, llega a mí otra lanza bellísima de usted. Todo quiere ver a Sevilla, y ajustarse en Sevilla, y caber en Sevilla, el mundo todo. ¡Hasta los pájaros! ¿No ha visto usted el alocado espesor, el tupido ir y venir, el acuchillante chillerío de los pájaros en derredor de la Giralda por las tardes, rozándose en sus



grandiosos zarcillos de campanas, y *pasándola* con molinetes, con naturales, con ayudados, con la izquierda, con la derecha, con pases no vistos, con suertes no soñadas, con galleos gentiles...

Parecen traviesos chiquillos los pájaros, aprendiendo toreo sevillano... Ahí existen más vencejos y aviones, que palomas en San Marcos de Venecia.

Cuando se cierran los ojos después de haber afrontado el foco solar, nuestra sombra interior se queda incendiada de trozos de iris, de musarañas de fuego, de agitadas visiones, de visajes y muecas y gestos de llamas palpitantes, que nos absorben y nos sugestionan. Pues de haber visto yo infinitas veces en las doradas tardes de Sevilla, a la Giralda, circuída de locuras de alas, de evoluciones de plumas, de agitaciones de cuellos y de colas, en miles de bandadas infatigables, en millones de flechas entretejidas; cuando cierro los ojos, se levanta en mi interior la Giralda espiritualizada, como una palmera de los horizontes andaluces, empollando bajo sus aleros y entre sus filigranas miles y miles de nidos y toda la pajarería de España, como si ella fuese la clueca sublime de toda la Nación. Y la clueca fué y la Madre germinadora que incubó tantos huevos futuros y tantos pájaros como artistas, santos, héroes, marinos que salieron de su Escuela Náutica a redondear el mundo y locos divinos que se rociaron por todos los derroteros del globo. Todo eso cobija la Giralda cuando cierro los ojos. Y por si hiciera falta el testimonio que vuelva verdad el prodigio milagroso de la Giralda, ahí está también la otra *torre-testimonio,* la otra *torre-notarial,* la otra *torre-alhóndiga, torre-registro de entrada y salida en los siglos, la Torre del Oro,* que intercambiaba los productos de dos mundos y era llave de oro de dos Continentes. Viendo en la lejanía del tiempo las dos torres, esa significación tienen, ese símbolo encierran, esa grandiosa síntesis abarcan.

Volviendo a su libro, le diré que tiene para mí la plácida virtud de remansar mi espíritu, de desposeerlo de tumultos humanos y de traerlo a la cristalina serenidad de beber un manso licor ideal pasado por filtros de purificación. En todo lo que Ud. escribe, aun en los cuadros de alegría, hay gotear de misticismo y religiosa frescura de paraíso cristiano... Hace muchos años que no veo a Sevilla, que para mí sigue siendo el parador central de la Raza, y su libro ha levantado dentro de mi corazón la ciudad... ¡Dichosos los ojos de usted que la ven!—Las manos leales de quien más le admira,

Salvador Rueda (rubricado)

Sesión del día 5 mayo 1933

TRES CARTAS INÉDITAS DE SALVADOR RUEDA

El poeta del símbolo plástico, el helenista estatuario de las letras, henchido de ático reposo e inflamado en la llama latina; el panteísta del lirismo, el maestro de la forma perfecta, eborario, platero y orfebre de la rima, Cellini y Arfe de las Custodias de la idea, ostensorios del Pan Eucarístico de la divina inspiración; el discípulo de la Náturaleza, el gran poeta de Andalucía, faro de nuestra raza sobre los mares de los siglos, Salvador Rueda, que al morir, ha nacido a la inmortalidad, me dirigió tres cartas, que son tres monumentos epigráficos de la sinceridad y del Arte, tres cincelados mármoles conmemorativos del poeta y del hombre, donde éste y aquél—duple corporeidad—se retratan de cuerpo entero, fidelísimamente, y que no resisto a la tentación de reproducir en estas cuartillas, ahora que, recién apagado el cerebro que las pensó, paralizado el corazón que las sintió y detenida la mano que las escribió, son de una actualidad palpitante, flamígera, candente.

En los primeros días de marzo del 1924, envié a Salvador Rueda ejemplares impresos de mi novela corta *La molinera del Guadaira* y de mis piropos líricos a Dora la Cordobesita, y el día 24 del mismo mes y año recibí la siguiente carta del maestro, lírico acuse de recibo de mi envío:

Málaga 24 marzo 1924

Sr. D. Fernando de los Ríos.

Mi querido escritor: Le agradezco mucho el regalo de *La molinera del Guadaira*, de la cual hace el elogio apropiado Laffón, y

que revela por sus diálogos campestres, verdaderos y justos, y por la deslumbrante inspiración juvenil que se vierte a raudales por el poema, que Ud. podría ser novelista de esas gentes rústicas y de esas perspectivas sevillanas, cuando encauzara sus condiciones de artista a ese fin de observación, de realidad y de vida, concisa e intensa.

Y le agradezco, asimismo, sus *Piropos líricos,* a la gentilísima bailadora *La Cordobesita,* que así, sin Dora, tuve la alegría de verla desenvolver sus temas de bailes en Melilla, entre un público cosmopolita decorado con muchos turbantes y chilabas, que se estremecían cada vez que la graciosa artista desliaba de su cuerpo, como de un carrete mágico, los hilos y madejas de sus danzas, que luego volvía a liar a su cuerpo, donde las lleva replegadas y misteriosas. Bailaba entonces un trenzado chulapón, lleno de bravuconería y de petulancia popular, a los despliegues y rumbos soberbios de un mantón de Manila, al cual, Dora, arrancaba, al final del baile, unos pases toreros bordeados de flecos, en cuyas puntas ataba absolutamente todos los corazones del teatro. La caricaturesca fanfarronería de aquel baile goyesco, de gran pompa rítmica y fieros alardes de color, nos traía de cabeza a judíos, moros y cristianos.

Usted ha volcado sobre la frente de esa artista, no solo el ánfora de todas sus hipérboles orientales, sino un aguacero de Diluvio despeñado como una catarata desde la gárgola de su imaginación...

Las manos de su amigo que le quiere

Salvador Rueda.

Esta carta que hemos transcrito—fragmento de sol y ráfaga de iris—es concreción y síntesis del arte colorista de Rueda, expresión exacta del flamíneo estilo del maestro.

A primero de abril del 1924—anual fecha de renacimientos y de poéticas expansiones—dediqué y envié al maestro Salvador Rueda un ejemplar de mi libro de versos *De Sevilla,* y veinticuatro días después recibí carta del ilustre escritor, precioso acuse de recibo de mi libro.

Málaga 24 abril 1924

Sr. D. Fernando de los Ríos y de Guzmán.

Querido poeta: Decirle hoy a un poeta *«que escribe sin imitar a nadie»*, es el más alto de los elogios, porque, salvo contadísimas excepciones, todo es en lengua española, desde hace tiempo, disimulada labor de CALCOGRAFÍA francesa, es decir, labor despreciable, puesto que sólo es artista el que tiene originalidad y crea, o el que se ciñe a reproducir las cosas y los seres de la vida y de la naturaleza. Y usted no sabe lo que tiene, al poseer la capacidad de luchar a brazo partido con la realidad y trasladarla a sus versos. Embalsamada su labor por el jugo mismo de la vida, tiene lo principal para ser incorruptible e inalterable. Y siendo Ud. dueño de don tan excepcional, sólo le falta, a mi modo de ver, ser más exigente al dar sagrada forma rítmica a sus ideas, a sus sentimientos y visiones. Elevar la efervescencia del alma, contenida en la estrofa, es un divino acto de Altar, y el cáliz o verso que contenga la Belleza, ha de estar maravillosamente perfeccionado, como vasija sublime digna de tan excelsa transfusión.

En gracia a lo bien que miro sus disposiciones felices, tiene Ud. que perdonarme que sea exigentísimo con la forma de su inspiración. Si otro tuviera el don real de Ud., se inmortalizaría dando acabadísimo y alquitarado cuerpo musical a su ser de poeta.

No debe Ud. ser indulgente consigo mismo, al escribir, ni permitirse lunares y descuidos, que sabe Ud. muy bien evitar: no escribir de prisa y su afán no sea llegar pronto al final de cada composición, sino no trazar una nueva estrofa hasta que la anterior posea la más acabada perfección. Si Ud. se impone laborar así, sus versos ganarán tanto, que tendrán infinitamente más valor y serán definitivos porque encerrarán la Vida en la más pura expresión del idioma. Es el único defecto que hallo en usted, facilísimamente evitable. El prólogo de Manuel Díaz Martín es atinadísimo. Sevilla tiene hoy un Parnaso joven digno de su gloriosa tradición.

Perdone Ud. mi sinceridad; es porque en mucho le tiene su compañero y amigo, q. l. b. l. m.,

Salvador Rueda

Esta segunda carta del poeta, que acabo de copiar con venera-

ción y gratitud, revela la generosidad del maestro, pone de relieve, con meridiana claridad, la franqueza cordial del amigo, la buena intención y el honrado afán del varón integérrimo de limpio corazón y pulquérrima ética, y consciente guía espiritual de las líricas juventudes. Agua transparente en límpido vaso.

Y la tercera carta, la que acaba y completa esta inapreciable trilogía epistolar, fué motivada por mi anuncio al poeta de un artículo mío en preparación, de confraternidad hispanoamericana, donde yo establecía un paralelo entre él y Rubén Darío. La contestación del artista y del hombre es como sigue:

Málaga, 6 agosto 1924

Sr. D. Fernando de los Ríos

Mi querido poeta: El nueve me voy a mi aldea, donde recibo mucho alivio en mis afecciones nerviosas y respiratorias. Volveré hacia fines de mes.

Efectivamente, como Ud. dice, Darío tiene de mí muchas cosas; el helenismo (adquirido en mis diez y seis años de estudios de lo griego para hacer el Catálogo, con otros compañeros, del Museo de Reproducciones Artísticas); el *panteísmo,* sentido por mí y visto a mi modo, desde niño, entre los campos y las montañas de mi aldea. La Naturaleza ha sido mi Maestra y me dió su *filosofía de filosofías.* Creo sinceramente que tiene Ud. razón y dice una honrada verdad al señalar esos dos grandes puntos de imitación dariana. ¿Pero qué no habrá tomado Darío? Es importador, trasegador, barajador, amalgamador, todo menos creador. Y no enciende en Fe, ni en Amor, ni en Piedad, ni en Patria, ni en Sabiduría, ni en Ternura, ni en Entusiasmo, ni en Naturaleza, ni se apoya en las columnas capitales del Alma ni de la Vida. Como dice el Maestro Unamuno, es sólo un *cisne disecado.* Eso es sólo, elegancia y elegancia fría. A mí no me ha conmovido jamás. ¡¡Usaba Diccionario de la Rima!! Sabe Ud. que fuimos camaradas íntimos y revolucionarios, pero yo lo fuí humano, original y con elementos españoles, y él lo fué de pura repercusión francesa. Ni a mi corazón ni a mi cerebro le dice nada Rubén Darío, porque él no tenía cerebro ni corazón.

Pero, bien por el entusiasmo de ese artículo de que me habla,

al fin Darío y yo comenzamos el acercamiento de América y España, que hoy es ya grandioso. Eso no puede disputárnoslo nadie. Y hace Ud. bien, como joven y famoso, en difundir Patria, y Belleza, y Amor.

Sabe cuánto le quiere su amigo

Salvador.»

Nos sorprenderían estas sensacionales manifestaciones de Salvador Rueda, que acabamos de reproducir, si fuéramos incomprensivos, porque ¿de qué vamos a sorprendernos cuesta arriba del siglo XX?

Por otra parte, Salvador Rueda, todo creación y originalidad, ¿qué tenía que envidiar al genio de Rubén Darío, a no ser la elegancia de dicción, esa «elegancia fría» que él señala en su carta? ¿Acaso la gloria? Tampoco. La tuvo colmada. Hubo un tiempo en que los mayores ingenios de la Raza, los más destacados escritores de lengua española, ofrendaron a Salvador Rueda las más odoríferas flores de los más candentes elogios. La nave de la gloria avanzaba triunfante sobre la bonanza de la hora; pero a las triunfales singladuras siguen siempre las estelas de olvido. Rueda, traicionado por su amada la gloria, enfermo, voluntariamente desterrado en su malagueña aldea de Benaque, entre las montañas y el mar; olvidado del mundo, consciente de su obra, en plena apoteosis rubeniana, le dolía en el corazón la inconstancia, la injusticia y la ingratitud de sus coetáneos, de sus compatriotas y de sus hermanos de raza y de idioma, y sufría en la soledad y en el silencio la desolación del ostracismo, él, que había glorificado la Raza «cantando por ambos mundos» y revolucionado la poesía lírica de habla española y orientado a varias generaciones de poetas; y él, que fué humano en su obra, lo fué también en el desmedido amor a la gloria, llama de perenne juventud; pero no supo serlo en la comprensión y disculpa de las inconstancias humanas, y ese fué su único pecado, comprensible y disculpable en un hombre de temperamento impresionable y vehementísimo, en un sensible corazón lacerado, en un espíritu de fuego, esencialmente meridional, que había exaltado todas las virtudes humanas y se encontraba solo al borde del sepulcro. El corazón del poeta era una copa llena de

amarguras y le rebosó por la boca; era un cáliz coronado de espinas; el poeta llevaba en el pecho un volcán contenido, le hervía en las entrañas un incendio de indignaciones, y el volcán tenía que estallar; se abrió la montaña y por el abismo del cráter—abismo inexcrutable y misterioso del alma humana—saltó la hirviente lava, alas incandescentes del Luzbel que todos llevamos en el alma y aletea perpetuamente en la oda inmortal de Carducci.

¿Intenta Salvador Rueda pulverizar a Rubén Darío? ¿Echa tanta tierra sobre su tumba, tanta piedra sobre su sepulcro, y tanto la triangulariza que le levanta una pirámide? ¿Es el coloso mítico que desde la peana de barro del mundo quiere extinguir un sol inextinguible? Es el espejismo del desierto en la gigante soledad de un poeta del Mediodía.

La comunicatividad es la expansión del alma generosa. Odiemos los espíritus herméticos. Sepamos leer entre renglones. Seamos comprensivos y humanos y juzguemos las palabras humanas no por lo que dicen, sino por lo que fueron dichas, y no desplacemos a los hombres, para juzgarlos justamente, del momento en que las pronuncian, que aquel que en un plano dice tal cosa, en otro puede decir lo distinto. Es cuestión de perspectiva aérea. Velázquez nos da la pauta. No desplacemos a las figuras de sus términos. Recordemos la historia de los hombres célebres: Leonardo de Vinci, viejo y abandonado, apostrofaba a Rafael en sus marchas triunfales por la eterna Roma. Y Rubén Darío es la *Marcha triunfal.* ¿Qué extraño que el eco de la músíca no sonara bien en los oídos del rebelde poeta de *En la Armería Real, Los Caballos* y *El Crepúsculo,* víejo y olvidado a la orilla del Mare Nostrum?

La sensacional epístola que hemos comentado, a juicio nuestro —juicio comprensivo—, sólo es un histórico documento y no amengua en nada la memoria de Salvador Rueda, ni la de Rubén Darío, que están por encima de todo y son focos inextinguibles.

España y América, sed comprensivas, que yo, siendo un solo hombre, lo soy, y las ingentes almas fraternas de Salvador Rueda y de Rubén Darío, purificadas en el crisol de la inmortalidad, desde los abismos de sus fosas, se abrazan por encima del Atlántico.

FERNANDO DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN

Sesión del día 5 de mayo de 1933

LA RISA DE GRECIA

Casi nadie ignora que son las ondinas
las que en las llanuras del mar cristalinas
de las aguas saben los velos rizar,
y que no es el peine ligero del viento
el que desarrolla gentil movimiento
y peina los bucles rodantes del mar.

Nereidas y ondinas y musas y diosas
son las que ciñendo sus frentes de rosas
al abrir el día sus hojas de flor,
salen de las costas de Grecia rientes
y van en esquifes de nácar lucientes
rizando las olas con leve temblor.

De Chipre y de Creta, de todo el mar Jonio
que siembra de risas pasando Favonio,
se mira a la flota los rumbos seguir;
y van en dorados brillantes tropeles,
de concha y de oro sutiles bajeles
y naves con proas que incrusta el zafir

Revisten los palos, jugando en el viento,
las velas de púrpura de tono sangriento,
hinchadas cual senos que agranda el amor;
y cada costado de nave dilata
compactas hileras de remos de plata
que muévense a ritmo con blando rumor.



Allí va de Juno la noble belleza,
«cual verso de Homero» la sobria cabeza
que pide la grave prisión de un altar;
y allí va Minerva, la virgen, la hermosa,
la sabia, la augusta, la casta, la diosa,
que de un pueblo todo sintióse adorar.

Allí está Cibeles mostrando enlazadas
de las estaciones las llaves sagradas
que inundan la tierra de paz y placer;
y allí eleva Ceres, trenzada en el coro,
las manos que arrojan el trigo de oro
que va por sus hombros rodando al caer.

Allí de Diana se ven los dos senos
de agrestes rocíos y nácares llenos,
y a trompa de caza le arranca el clamor;
y allí Venus brilla, que es rica en las penas,
y esencia en los astros, y fuego en las venas,
y gloria en las almas que incendia el amor.

De náyades leves con formas divinas,
y alegres collares de bellas ondinas,
se erizan las bordas de cada bajel;
Y alegres amores tejiendo sus alas,
las naves adornan, prendiendo con galas
y plumas y flores pomposo dosel.

La ruta señala gentil Citerea,
y avanza la flota que el mar balancea
con velas y palos en forma de cruz;
al viento del alba se curvan las velas,
y dejan las popas radiantes estelas
y arrancan las proas virutas de luz.

Mas no son las naves con bordas de oro
las que el agua rizan con remo sonoro
rompiendo cristales que miran saltar,

ni el trigo cual lluvia sutil de alfileres
que rueda del seno redondo de Ceres
al vaso de vidrios movibles del mar.

Sus dedos que imitan a largos diamantes,
las diosas de Grecia dejando flotantes,
del agua el ras frío comienzan a herir;
del mar con el velo levísimo juegan;
lo rayan, lo arrugan, lo fruncen, lo pliegan,
lo trenzan, lo rizan y le hacen reir.

Después cada diosa su pelo cogiendo
y en hebras colgantes su trama entreabriendo,
por su blanca espalda lo incita a rodar;
recubre primero las amplias caderas,
y luego rebotan sus ondas ligeras
como un haz de luces que rueda hasta el mar.

Ved Juno cruzando los mares tranquilos,
como un nacimiento de luz suelta en hilos
soltar su cabello que empieza a mecer,
que inunda sus hombros igual que una fuente,
que finge en sus brazos partido torrente
y en lluvia de rizos al mar va a caer.

Mirad de Cibeles el noble peinado
bajar por su espalda gentil destrenzado,
teñido de vivo fugaz tornasol,
como si besando sus curvas redondas,
cayera brillando del mar en las ondas
un haz deslumbrante de rayos de sol.

Mirad sus cabellos coger a Diana,
que abriendo su blonda de rizos galana
la suelta en su cuello labrado y gentil,
le besa del seno las ánforas bellas
y al mar pega un salto como un haz de estrellas
desde la escultura de fresco marfil.

Recoge Minerva sus frescos cabellos
como un largo mazo de azules destellos
que trama sus hebras lo mismo que un tul;
lo suelta del cerco triunfal de la frente
y da al mar el arco del libre torrente
cubriendo las olas como un manto azul.

Venus, retorciendo su pelo triunfante,
produce en el agua la risa estallante
que es luz y alegría del mísero ser,
arroja al mar luego la real cabellera,
y el mundo recobra su gracia primera
y el mar tiembla y canta de inmenso placer.

Así, por el peso rendidas las frentes,
los brazos tendidos, los senos salientes,
los labios que rompen de pronto a cantar,
va el coro de diosas en naves ligeras,
los mares rozando con las cabelleras,
que en luces y risas los hacen temblar.

Con hilos azules, con hebras de oro,
con fibras de ébano, plegando va el coro
las olas que el día comienza a bruñir;
y al ritmo que llevan los barcos mecidos,
el mar, todo lleno de leves fruncidos,
sólo hace al moverlos reir y reir.

Desfilan los siglos llevando sus cruces,
y eclipsan sus frentes las místicas luces
de otras religiones que vienen detrás;
la verdad gigante, la Naturaleza,
Grecia con su risa, su gracia y belleza,
ni abdica, ni muere, ni pasa jamás.

Mirad cómo tiemblan los mares rizados,
mirad los divinos temblores dorados
de estrellas y hojas; el mundo es temblor.

Es que el orbe entero se va estremeciendo
al eco de Grecia que sigue riendo;
¡riamos con ella su risa de amor!

No has muerto, no mueres ¡oh Grecia triunfante!
Por cima del rostro de Cristo expirante,
aún tu tirso asoma detrás de la cruz;
y aún del Universo llevada en las brisas,
vives hecha danzas, y juegos, y risas,
y amor, y cinceles, y versos, y luz.

SALVADOR RUEDA

Leída en la sesión del día 5 de mayo de 1933

LAS ANDAS DE MI MADRE

El último tributo que di a tu vida
grabado para siempre va en mi memoria;
fué la fiesta más grande, la más sentida
que mi amor, santa madre, rindió a tu gloria.

Eras ya muy anciana cuando quisiste,
desde las altas cumbres de nuestros montes,
ser llevada, en la tarde que tú elegiste,
a ver del mar sublime los horizontes.

Ver ansiaste a Dios pleno de maravillas
ante el mar que infinito se dilataba,
y en la playa arenosa dar de rodillas
esperando tu muerte, que se acercaba.

Siempre del mar amaste la vista extensa;
sus acordes profundos y melodiosos

eran como los cantos de cuna inmensa
que arrullaban tus sueños maravillosos.

Para llevarte en hombros como a una diosa,
congregué de los mozos la bizarría,
cual se hace con la Virgen esplendorosa
al llegar de sus fiestas el áureo día.

Subiendo por las cuestas desde los ríos,
trajeron los mozuelos como en volandas,
ramas cual susurrantes velos umbríos
y troncos con que alegres formar tus andas.

Y el amor, al alzarte como heroína,
trabajando con ramas, cuerdas, listones,
labró para tu imagen, madre divina,
un trono constelado de corazones.

Le hicieron a las andas doce varales,
donde ataron los mozos doce pañuelos,
cual se atan a las andas sacerdotales
de la Reina de mares, tierras y cielos.

Yo te vestí de gala para la fiesta,
un rosario en tu pecho dejé colgando,
y al mirarte en tu trono divino puesta,
«¡Dios te salve, María!» recé llorando.

Del suelo, por las ramas lleno de escombros,
te alzaron doce mozos cual sol triunfante,
y rompieron la marcha contigo en hombros
hacia el pasmo asombroso del mar gigante.

Era por la vendimia: plenos los campos
de madurez sublime, se estremecían
con sus cepas lujosas llenas de lampos
y sus uvas que claras se sonreían.

Los mantos de las vides, alineados
como tropas veloces de pies ligeros,
para ver la ternura de tus miradas
venían hasta el borde de los senderos.



Iglesia de Benaque

Las adelfas al paso reflorecían,
en pos iban las tórtolas de arrullo ardiente,
y las ígneas cigarras, que entretejían
una corona lírica para tu frente.

El aire estaba lleno de risa clara,
de algo inefable y puro jamás sentido,

cual si Dios por los campos antes pasara
para dejarlo todo de luz vestido.

Tras de las andas iba toda la aldea,
y delante, los niños, alborozados,
te echaban el romero que el aire orea
en nuestros altos montes iluminados.

De pronto una tronera de rudos montes
dejó ver la llanura de olas rugientes,
y el mar abrió a tu vista sus horizontes
llenos de sol, de espumas y de rompientes.

Mandé parar las andas un solo instante
por que vieses las ondas en letanía
venir para decirte con voz tronante:
«¡Salve, sublime anciana; salve, María!»

Tú quedaste un momento de asombro llena,
viendo el prodigio hirviente del mar rizado
cantar desde su inmenso vaso de arena
con su tropel de lenguas alborotado.

Desde el embrumecido confín remoto,
el mar desarrollaba campos de tules,
y en renglones sublimes rodaba roto
cual Poema de combos versos azules.

Y revestido de alta, grande poesía,
que como a Rey de siglos lo coronaba,
vasto, regio, grandioso se estremecía;
pleno, augusto, infinito, se dilataba.

Alcé atentos los ojos hasta tu frente,
y vi, bajo la tarde dorada y pura,
que tu pecho se hinchaba cual ola hirviente
y desbordaba en lloro por la ventura.

Era que no pensabas ver más el mundo,
ver más ni el mar, ni el campo, ni el sol, ni el cielo,
y al mirar el prodigio de mar profundo
con lágrimas sublimes regaste el suelo.

Cuando llegó a la playa tu romería,
Virgen, madre divina que el alma llora,
ya el crespón de la tarde se oscurecía
llenando de tristeza la mar cantora.

Y al caer de rodillas junto a la raya
donde el mar rompe en ondas bucles divinos,
daba el *Avemaría* sobre la playa
un coro de solemnes cantos marinos.

Dios, que ves en mi pecho, mira mi lloro;
Dios, que alumbras mis días, ve mi amargura;
murió mi dulce Reina, que tierno adoro;
y es mi casa desierta mi sepultura.

Ya en mi hogar afligido no me acompaña,
ya mis rejas doradas no tienen flores,
y el dolor me entreteje su telaraña
con los hilos sangrantes de mis dolores.

Ya no tengo en mi pena tenaz y honda
quien dé luz a mi vida y amor le preste,
ni al sentarme a la mesa quien me responda,
ni al rezar el rosario quien me conteste.

No más te veré, madre, que me has criado,
que curaste mis males con tu paciencia,
que de todos mis yerros me has perdonado
y me diste tu vida, tu amor y esencia.

Hoy que me anega en olas mi desventura,
tu presencia recuerdo, Madre amorosa,
cuando le hice unas andas a tu ternura,
lo mismo que a la Virgen maravillosa.

Sólo faltó a tu frente para divina,
la que el mundo me ha dado pura diadema;
la traslado a tus sienes, Dios la ilumina;
¡coronada en lo blanco de tu hornacina,
ya eres definitiva, santa y suprema!

SALVADOR RUEDA

Leída en la sesión del día 5 de mayo de 1933

EN HOMENAJE A SALVADOR RUEDA

PALABRAS PREVIAS

No hace muchos días que ha rendido Salvador Rueda su última estrofa. Un adiós a la vida, dicho con la entonación solemne de los graves momentos trascendentales.

En esta hora, en que la iniciativa feliz de uno de nuestros compañeros nos congrega para rendir un homenaje a su memoria, debo yo, por razón del cargo, poner las últimas palabras que cierren el acto.

Ni crítica detenida, ni síntesis aproximada del valor literario de una obra. Será, a lo sumo, una impresión. Impresión devota, de una labor que tan profunda marca dejaba en los espíritus, allá por los primeros días del siglo que corre, cuando entraba en la vida de la cultura y eran mis primeros pasos vacilantes, en los claustros de la gloriosa escuela de Maese Rodrigo, nuncio de las inquietudes hondas que habían de agitar mi conciencia en estos momentos, sombríos y crueles, que constituyen el punto neurálgico de la historia contemporánea.

VISIÓN INTERIOR Y VISIÓN EXTERIOR

He dicho en otro lugar, con ocasión del tributo rendido a Pereda, que nada influye tanto en el espíritu del escritor, como el paisaje exterior que le rodea desde su nacimiento. Ya Elíseo Reclus había anunciado el caso, al titular su obra *El hombre y la tierra*. El Profesor Voegel afirma que la historia de un pueblo está en relación íntima y fecunda con su geografía. Así, hoy se llega fácilmente a una concepción de la geografía histórica o de la historia

geográfica. Realmente, de lo que puede hablarse en un concepto más amplio, es de la Biología histórica.

Nace Salvador Rueda en Benaque. Benaque es una aldea agregada al pueblo de Macharavialla, en el partido judicial de Vélez-Málaga. Está en lugar al que cobijan montes. Está en sitio cercano al mar. Emoción de la tierra removida, que eleva su corteza en altas ondulaciones, que tienen majestad de prominencias y gozan del privilegio de recibir, «cuando los gallos quiebran albores», el bautismo de las primeras luces del día. Emoción de lugares cercanos al mar, que saben el secreto de las brisas frescas, que traen olores salinos y palpitaciones de gesta histórica mediterránea. Y luego, la tierra ubérrima y generosa, magnífica en la galanura de su producción...

...Limones áureos, pendientes como farolillos de rútilo metal, en el brazo decorado por las hojas verde-mate, del árbol frondoso; las parras llenas de racimos prietos, casi reposados en el surco y ocultos bajo la pompa lujuriosa de sus pámpanos de esmeralda, y el olivo, sagrado símbolo en tierras bíblicas y generosa enseña de Andalucía, que tiene entre sus ramas, en las que tiembla el fruto con una palpitación verde-plata, el secreto generoso del óleo, que es como su sangre y su ofrenda, su canon y su teoría.

Allí, Salvador Rueda pasó la niñez y los años primeros de la mocedad, y cuando, sin que el bozo hubiera en su labio superior puesto la rúbrica de una hombría cuajada, arribó a Málaga—cala de fenicios comerciantes y artistas, atracción ideal, como oasis, para el descanso de cartagineses, y recreo del romano, para el derecho sabio y para el arte firme—, ya llevaba en su interior un eco de resonancias múltiples, la orquesta de los sonidos de maravilla de la tierra natal y la borrachera de colores, de los lugares primeros que recorrió en una inacabable emoción de pureza, en una anhelante vibración de belleza y de arte

Y de tal paisaje surgió su modo de arte, su estética, su forma de poesía.

Coordinación entre lo exterior visto y lo interior presentido, latente, que se acusa en todas las formaciones individuales.

En Gabriel y Galán—«el de las anchas soledades hondas»—es contemplación mística; en Góngora, racionero de una Catedral que fué Mezquita, es conceptuoso recreo en que se funden la herencia

árabe y el reposo senequista de la Ciudad; en Morales, el canario, es exaltación del valor insular, íntimo como de aislamiento, que sólo se compensa poblando el mar, límite y frontera, de fantasías innúmeras.

Y así, en la serie que podría estudiarse de escritores, en relación con el medio y con la geografía.

EL POETA NACE...

El dicho popular tiene aire de sabiduría experimental. El poeta nace, afirma la gente vulgar. Pero ¿la gente vulgar tan sólo?

Veamos.

Juan Ramón Jiménez, el exquisito poeta andaluz, ha hecho esta singular definición: «Poesía es emanación, levantamiento, sorpresa, antelectura». «Por interior que sea la poesía, no puede ser ciega, ni muda». Su característica es la «rapidez de la creación. Como en el sueño». Y añade después: «Para mí debe tener, sin duda, más importancia el «aura» que el sujeto, porque en la mayoría de mis recuerdos, lo que perdura no es la «persona» sino sus circunstancias de lugar, hora, luz, color...» Y termina el selecto espíritu de Juan Ramón con estas palabras, que parecen una definición de Salvador Rueda: «No hay poeta más puro, es decir, auténtico, que el poeta fatal».

Esta anticipación, esta predestinación del poeta, la expresa también, clara y limpiamente, otro ingenio andaluz, sevillano por más señas y autor de obras incomparables, que traen al cultivo de la lírica española acentos nuevos y esencias viejas, como si se cumpliera aquel rancio adagio de «Nuevos designios y palabras rancias». Me refiero a Antonio Machado.

Dice éste en *El Poeta:*

«En sueño oyó el acento de una palabra divina».

El verbo lírico, la exaltación poética, la entiende anterior y previa a toda educación. Es un presentimiento y una predestinación. algo así como un soplo divino, sobre un vaso humano, arcilla de la tierra y artificio del espíritu, forja, en fin, de una maravilla de la creación.

Todo ello, labrado con el entusiasmo, que es, según Ovidio y si la memoria no me es infiel, el «viento trágico» que remueve los seculares cimientos del alma humana.

UNA ESCAPADA A LA ESTÉTICA

¿Cuál era la concepción estética de Rueda?

En 1883 publicó su primer volumen de poesías, con el título de *Nuevas estrofas*. Lleva un prólogo de Núñez de Arce. Este detalle del prologuista, nos pone cerca de la primera devoción del poeta. Llegar a Núñez de Arce, suponía reverenciarle y casi seguirle. Y sin embargo, nada más lejos, desde el fondo temperamental, que la concepción formal del arte en uno y otro.

¿Qué parentesco puede haber entre estas dos modalidades?

Núñez de Arce:

Doblaba lentamente la campana.
Ancha franja de grana
Teñía el Cielo de matices rojos.
Ocultábase el Sol por el Ocaso,
¡Ay! Yo detuve el paso
Y el llanto del dolor cegó mis ojos.

Salvador Rueda:

Está todo empapado de músicas recónditas.
La esencia, lo más hondo del Orbe, es melodía,
Es aleteo lírico. ¿No oís cantar enjambres
En el silencio santo de las cerradas piedras?
. . . .
Vosotros sois ineptos para beber la música
Con labios virginales del Río originario
Y careceis de oído que, puesto a flor del aire,
Escucha la baraja sin número de cielos;
Que aplícase a una piedra y escucha el Himalaya,
Que ausculta en el silencio la gota de rocío
Y siente el portentoso concierto de los mares.
. . . . ,
. . . . Y al lado de la estufa
Desvalijais a Bramha, desvalijais a Cristo
Y a todo el que atraviesa, cargado de mies áurea,
De polen y de sándalo, de rosas y panales....

Hay allá un tono clásico, frío, no obstante la propia emoción de *El Idilio.* Existe aquí un aliento generoso, de magnífica opulencia verbal, que, por asociación de ideas, descubre, en las cosas mínimas, el germen de las mayores, y ve en la gota del rocío un anticipo del mar ancho, hondo, inconmensurable; en la piedra, el átomo que, en multiplicación creciente y prodigiosa, llega con el Himalaya a clavar su pico giganteo, envuelto en blanduras de nieve, en el zafiro en comba de los cielos; y en el aire, ledo y perfumado, un soplo de la majestad que adora, y en todo, piedra, aire, rocío, un motivo de exaltación espiritualista, lleno de sonidos profundos y de líricas añoranzas ideales.

Esto, en lo que respecta a su modo de expresión. Pero en lo que hace a su concepción estética, ¿cuál es el módulo de la misma?

En una carta dirigida a Enrique Díez-Canedo dice: «Con mi niñez, arranqué de la Naturaleza, para llevarlo a la corte, mi modernismo, que no fué sino dar otra vez base honda de vida y naturaleza a la poesía. Fué un acto inconsciente de imán el llevarme, tras de mí, todo el mundo que habia observado irreflexivamente contemplado desde niño; revolución de innovaciones y flexibilidades rítmicas, y todavía más de esencias, de valores espirituales».

Es esta una declaración formal de princípios. Arrancó de la Naturaleza, para dar vida y base honda a la poesía. He aquí su tema inicial, repetido después, con ampliaciones que no alteran la esencia, en el libro publicado bajo el título *Mi estética* (1918).

No profesa entre los partidarios de la deshumanización del arte. Por tal motivo no realiza la «vuelta del revés» a que se refiere Ortega y Gasset. Para él, sigue siendo la metáfora «capa pluvial» magnífica y brillante de la realidad. No es ella sola el juego de la poética, su única esencia, una rebeldía al parecer intrascendente que conduce, en la expectación de la hora presente, a no sé cuáles extraños e intrincados vericuetos, anuncio confuso de rutas inexploradas.

Porque su realismo, su devoción a la Naturaleza, es un realismo de sentido profundamente poético y patéticamente religioso. Tiene el cerebro lleno de luces, el corazón de voces, y todas salen al exterior con magnífica y subyugadora arrogancia, caudalosamente, atropellándose en un sensualismo verbal de andaluz mediterráneo, de andaluz de Málaga que es esencia de Andalucía, porque su



Monumento a Salvador Rueda en Málaga

tierra fecunda y su cala fabulosamente azul, es resumen de estas tres vertientes: Sevilla, enardecida y en fiebre, que guarda el asombro de varias culturas a la custodia de la lanza de piedra y filigrana de su Giralda; Córdoba, profunda, soñadora, metafísica y

redicha, como sus símbolos geniales, Séneca el grave, Abderrhaman el culto, Góngora, orfebre plateresco de la metáfora, y Romero de Torres, síntesis del color moreno de tierra en fecundación y de la negra mirada honda embrujada y ensoñadora de sus mujeres; y Granada, teoría del arte Nazarita, arrobada en su belleza por el canto fresco del Darro claro y del Genil tranquilo....

JUICIOS AJENOS...

Oigamos a los que han tratado de estudiar críticamente a Rueda, entresacando al azar opiniones y comentarios a su obra, exhumados estos días con motivo de su fallecimiento.

Julio Cejador se ha expresado en los siguientes términos:

«Rueda es el maestro de la escuela colorista en España, como Gautier lo fué en Francia, sin haber sido discípulo suyo. Su temperamento refleja el temperamento andaluz, aunque después haya tendido su mirada al universo entero. Cambió el asunto, ensanchó el cuadro; pero en la manera quedó regional, andaluz». «Nótese cómo—añade—pesa su influjo en las primeras obras de Villaespesa, Juan Ramón Jiménez, Martínez Sierra. El modernismo no hizo más que atenuar los colores chillones de Rueda, diluirlo en tonos mates, vagos y tenues. Así se pasó del realismo regional andaluz de Rueda, que se nutre de colores fuertes y líneas cortadas, al modernismo que idealiza el arte, lo evapora y deslíe entre símbolos y medias tintas. Podía ser clasificado entre los parnasianos, sin que se vea esfuerzo alguno en el acicalamiento de sus versos.»

Enrique Diez-Canedo se expresa así:

«A Salvador Rueda, lo olvidaban, lo desconocían los poetas últimos. Y sin embargo, ciertas tendencias muy de ahora, por lo menos entre los poetas de España, tenían ya gérmenes en la obra de Rueda; un sabor de copla popular, un atavío de metáforas». Y añade: «mas en sus momentos de poeta ¡qué gran poeta es Rueda!» Releyéndole «se vería el desarrollo de una personalidad, cuyo punto de arranque está de acuerdo con el sentido de la época en que se formó su ingenio, en una tradición. Pero—y esta me parece su novedad esencial—su aporte y mensaje no enlazan con la tradición predominante de la poesía académica, alumbrada en los cantores

neoclásicos; ni con la inmediata tradición romántica de matiz becqueriano..., sino con una tradición no cultivada y atisbada apenas por los poetas cultos: la tradición de la poesía popular». «El fondo de su poesía, puede reducirse a elementos de copla andaluza: pasión y sentencia, como dicen los Machado».

Andrés González-Blanco en su obra *Los grandes maestros* afirma que Rueda «es el poeta de la luz; el poeta del sol; el poeta de España, en sus primeras obras; y en las recientes, el poeta del hombre; el poeta integral; encendido por un calor de humanidad; el poeta del misterio que rige nuestros destinos; el poeta de la vida armónica... Para Salvador Rueda, el magno poeta, el vibrante, el puro, el inspirado, parece expresamente hecha la salutación lírica y entusiasta de Dante a Virgilio:

¡Onorate l'altissimo poeta!»

Amado Nervo hizo constar en estas palabras su juicio: «Es bello, en esta época de poetas sutiles, ver a un poeta como Salvador Rueda, enamorado profundamente de la Naturaleza, latiendo espiritualmente al par del ritmo robusto y eterno de la vida, apasionado por todo lo que es la vida misma, no fabricada, ni desnaturalizada por el hombre».

Si no temiera yo dar a estas líneas de resumen una extensión inusitada, traería aquí unas afirmaciones de Juana de Ibarbourou en un estudio sobre la poesía nativa en Fernán Silva Valdés, aplicables en un todo al cantor malagueño, en cuya muerte reviven sus glorias y se hace imperecedero el laurel de su corona. Dejo el señalamiento hecho como dedicación admirativa a la poetisa uruguaya que más alto y más hondo ha cantado en América en el viejo y glorioso idioma de España.

COLOFÓN

Poeta lírico, poeta dramático, novelista y cuentista, todo eso y algo más, fué Salvador Rueda. Y que fué amante de Sevilla y admirador de nuestra ciudad insigne, os lo acaba de mostrar Muñoz San Román, nuestro compañero, al leer la carta del gran artífice, que tan honda sugestión nos produce.

Pues bien: nosotros que tenemos, por azar y por merced, un

patrimonio glorioso en nuestras manos, continuadores de la tradición de esta Academia, debemos corresponder a tal gentileza.

Permitid que, en vuestro nombre, quedamente, sin ruido, tocado de todas las veneraciones, llegue yo hasta el sepulcro del llorado maestro y en esta tarde de mayo, en que todo sonríe, el luminoso cielo y la tierra llena de verdor y de flores, pronuncie sin palabras, con recónditos alientos, una oración que sea como responso fúnebre que la vieja escuela poética de Hispalis quiere dedicar al maravilloso artífice que vió en Benaque la luz primera, cuando, en la mitad del siglo pasado, se apagaban las luminarias del romanticismo y, alrededor del vuelo neo-clásico, se iba gestando silenciosamente la aparición del arte nuevo...

MANUEL BLASCO GARZÓN

Mayo 5-1933.



FISONOMÍA LITERARIO-MORAL DE ARIAS MONTANO

La invitación amable de nuestro respetado y querido Director, me ha puesto en el ineludible cuanto honrosísimo trance de que sea mi desautorizada palabra la que esta tarde se deje oir en el seno de esta docta Corporación, leyendo unas mal pergeñadas cuartillas que en los escasos momentos de quietud de que dispongo logré trazar, y que tengo el atrevimiento de presentaros confiado únicamente en vuestra superior ilustración e indulgencia.

Para ello os invito a volver unos instantes la vista a nuestro pasado, haciendo descansar nuestras miradas sobre una de aquellas figuras cuyas son por derecho las páginas más brillantes de nuestra Historia; de aquellas esbeltas columnas que mantienen sobre sí la ingente masa de nuestra civilización y son los pedestales del soberbio monumento de nuestras letras; de aquellos gigantes de nuestra Edad de Oro, de quienes dijo un gran crítico inglés—refiriéndose a los místicos españoles—que media docena de la talla de ellos no podía presentarlos nación alguna. ¡Y sin embargo en la nuestra crecieron y se desarrollaron a docenas!

«El Solitario de la Peña», el gran polígrafo y maestro inmortal, el sacerdote insigne y virtuoso Benito Arias Montano, es un astro de primera magnitud en una constelación gloriosa, figura cumbre y destacada en el campo del humano saber, honra y prez de nuestra amada patria y singularmente de Sevilla, ya que en esta ciudad residió largo tiempo y recibió su formación primera; y su Universidad Literaria, cuyas aulas y archivos frecuentó, guarda como preciosa reliquia en su capilla los mortales despojos de aquel portento de sabiduría; más aún, él mismo, no obstante haber nacido

en Fregenal de la Sierra—perteneciente, por lo demás, entonces a la jurisdicción de Sevilla—, solía apellidarse «Hispalensis», palabra que dejó estampada a continuación de su nombre en casi todas sus numerosas obras.

No me propongo, ni es posible en tan corto espacio, hacer un estudio completo de nuestro personaje, que exigiría largas horas y no pocos volúmenes; sino tan sólo trazar unos rasgos generales acerca de su fisonomía literario-moral, y en particular sobre sus aficiones predilectas al cultivo de las sagradas Letras, que de pluma tan autorizada como la del gran Menéndez Pelayo le han merecido el sobrenombre de «Rey de los escriturarios españoles».

El conocido aforismo *time hominem unius libri,* tiene también el alcance de que no es realmente difícil ser sabio, elevarse sobre el vulgo y las medianías en una sola rama de los humanos conocimientos, aunque se tengan escasas dotes naturales, con tal que se trabaje con tesón y constancia. Lo que no es tan fácil, aunque no escaseen las naturales dotes y aunque tampoco falte el trabajo, es abarcar a la vez muchas ramas del saber, y menos abarcarlas todas en una superior altura. Para esto se requieren dotes verdaderamente privilegiadas, que Dios concede sólo raras veces a los hombres, y un trabajo realmente titánico: circunstancias ambas que concurrieron en Arias Montano y que hicieron de él, no un sabio cualquiera, sino un sabio a lo Pico de la Mirandola, a lo San Isidoro de Sevilla.

Profundo filósofo, penetra resuelto en los más abstrusos senos de la lógica y la metafísica; esclarecido teólogo, eleva su raudo vuelo a las sublimes esferas de los misterios de Dios y de la economía de la redención del hombre, haciéndose por ello acreedor a figurar—joven aún de 35 años—entre los Consultores del Concilio de Trento; eminente escriturista, la palabra de Dios, consignada en los libros santos, expuesta por la pluma de Montano, aparece clara, fija y esplendorosa; consejero de reyes y hábil político cristiano, inspira sus exhortaciones y advertencias en un amor acrisolado a la justicia y a la verdad, a la humildad y a la clemencia, sin que se le pueda tildar—como han pretendido algunos—de tendencias propiamente maquiavélicas (1); escritor ascético, emula al Príncipe de

(1) Cfr. "El Maquiavelismo en Arias Montano". Discurso de ingreso en esta Academia por C. García Oviedo, 1930.

la ascética cristiana, Fr. Luis de Granada; humanista consumado, habla y escribe la prosa latina a lo Tácito y Cicerón, y versifica a lo Horacio y Virgilio; políglota y lingüista portentoso, no sólo llega hasta poseer diez idiomas, según él mismo confiesa haber recibido como singular don de Dios, sino que conoce las leyes del lenguaje y las relaciones de unas lenguas con otras; maestro soberano de elocuencia, tal se nos revela en ese libro maravilloso de los *Retóricos,* que le ha merecido con justicia el dictado de «Horacio cristiano»; matemático insigne, hace cálculos maravillosos; pacientísimo naturalista, clasifica minerales, plantas y animales, y describe la vida y las funciones de éstos, como un Linneo o un Cuvier; geógrafo, arquitecto, artista y dibujante, lo mismo delinea el mapa del mundo, o el de la Tierra de promisión, o el de las Doce Tribus de Israel, o el de Jerusalén, que reproduce el Arca de Noé, y el templo de Salomón, y el Arca del Testamento, y los diversos utensilios del culto, y las vestiduras sacerdotales de la ley antigua, que hace composiciones artísticas tan teológicas, tan reales y bellas a la vez, como los 17 cuadros de su libro *Monumentos de la salud del Hombre* o los 48 de la *Historia de David.*

Mas si Arias Montano fué un tan gran sabio, fué también un sacerdote insigne, digno del más alto ministerio que el hombre pueda ejercer en este mundo. La gloria de Dios, el conocimiento de Jesucristo, el honor de la Iglesia, el provecho de las almas: son los móviles de todas sus empresas, imprimen el sello á todos sus escritos, que son emanaciones de un corazón enteramente sacerdotal. No se pueden leer sus escritos, ni aun someramente hojear, sin verse enardecidos en amor a la Iglesia y a su Cabeza visible, el Romano Pontífice; sin sentirse atraídos a Jesucristo, de cuya gloria son un himno constante.

Y en cuanto a su vida íntima, baste por todos el testimonio de su gran amigo Fr. José de Sigüenza, quien afirma expresamente que su trato y conversación eran de un santo, y que su humildad sobrepujaba a todos cuantos con él trataban. «Era—dice—tan afable, que incitaba a todos a que le quisieran bien y lo amasen. Los hombres doctos procuraban su amistad, y los caballeros hallaban en él cosas de edificación».

«Varón abstinente, devoto, eruditísimo, poeta, y otro San Jeró-

nimo español»; así compendia su elogio en la *Historia de la lengua y literatura española* el eminente crítico Julio Cejador.

Pero ya hemos indicado que sus estudios favoritos y que le alcanzaron singular renombre fueron los Sagrados Libros, a los que ya desde su más tierna edad mostró extraordinaria afición, dedicándose a ellos no sólo en su retiro de la Peña de Aracena, sino aún después en medio de sus ocupaciones, viajes y ministerios, cuando se vió precisado a abandonar su amada soledad: «Nada hay para mí—escribía—tan regalado, tan excelente y digno, tan apetecible, como el estudio de esta sacratísima disciplina».

Es cosa que asombra—y sería fatigar vuestra atención pretender sólo enumerarlos—el interminable catálogo de tratados exegéticos, críticos y filológicos, que nos legó escritos en torno a los inspirados Libros.

Destácanse, sin embargo, dos obras inmortales, más que suficientes cada una de ellas para haber conquistado un puesto eminente—aun en aquella Edad de Oro de la exégesis bíblica—en la República de las Divinas Letras. Tales son su celebérrima Políglota, y los *Nueve Libros acerca de las Antigüedades judaicas,* si bien éstos figuran también entre los *Apparatus* o Apéndices de aquélla.

El primer lugar corresponde por derecho a la *Políglota Regia* o *Biblia de Amberes*, animado y esbelto monumento de las letras eclesiásticas, barómetro que marca con maravillosa exactitud el grado de sublimidad y grandeza a que en aquel tiempo llegó la tipografía, verdadero «miraculum orbis» que dijo el protestante Vosio, y por último «timbre resonante de gloria para los que la protegieron y realizaron», como ha dicho bellamente Menéndez y Pelayo.

Trátase de una edición de la *Biblia* en varias lenguas juntamente con el texto original, tirada en los famosos talleres de Cristóbal Plantino en Amberes, por lo que se la conoce con la denominación de *Políglota Plantiniana* o *Antuerpiense,* y publicada bajo los auspicios del Rey Católico y augusto Mecenas Felipe II, en agradecimiento al cual rotuló Arias su obra con el título oficial de *Biblia Regia;* pues aunque en carta de 6 de Abril de 1569 trata del título de *philipica, philipensia,* pero no prosperó esta denominación.

No es, ciertamente, la *Biblia Regia* la primera ni la principal de las Políglotas; pero en justicia figura al lado de las principales y ha

influído poderosamente en el estudio de las Sagradas Escrituras. La primera idea de las Políglotas se debe a Orígenes, cuyas Exaplas —con el texto hebreo original y las versiones griegas de Aquila, Símaco, los LXX y Teodoción—pueden muy bien considerarse como la primera Políglota Bíblica.

Desde las Exaplas es preciso saltar hasta la Complutense; esto es, desde la 2.ª centuria a la 16.ª de la Era cristiana, desde Alejandría y Cesárea hasta el corazón de la península Ibérica. La Biblia del Cardenal Cisneros es la primera de tipo moderno y origen de las grandes Políglotas; pues si el veneciano Aldo Manucio tuvo el pensamiento de hacer una edición en hebreo, griego y latín, no llegó a realizarlo; y el *Octaplus Psalterii* del dominicano Agustín Giustiniani se terminó de imprimir a fines de 1516, cuando ya se había impreso en los talleres de Brocario en Alcalá gran parte de la Complutense, comenzada a principios de 1515 y terminada el 10 de Julio de 1517. La Complutense, la de Amberes, la de París y la de Londres o Waltoniana son las cuatro grandes y clásicas Políglotas, de las cuales las tres primeras son católicas, la última protestante; dos de ellas, las primeras, pertenecen al patrimonio intelectual de España, las dos últimas, al de Francia y de Inglaterra.

Entre las modernas y menores merecen especial mención las de los protestantes Stier y Theile en el siglo XIX, *Polyglotten-Bibel zum praktischen Handgebrauch,* 4 vol., Bielefeld, 1846-55, y la más manual de Ed. Levante *Biblia Triglotta,* en 2 vol., Londres, 1890; más la católica del Abate Vigouroux, en los comienzos de la presente centuria: *La Sainte Bible Polyglotte,* en 8 elegantes volúmenes, con los textos originales hebreo y griego, versión de los LXX, Vulgata y traducción francesa, París, 1898-1909.

La idea de imprimir la segunda gran Políglota, fué primero concebida por el famoso impresor de Amberes Cristóbal Plantino; si bien en su mente apareció dicha idea como un negocio mercantilista, o si se quiere como un empuje decidido que se pretendía dar a las artes gráficas en los florecientes Países Bajos, a la sazón sometidos a la Corona de España. Mas la prudencia y religiosidad de Felipe II y la ciencia bíblica de Arias Montano lograron que esta obra monumental sirviera primordialmente para lustre de la Iglesia Católica, sin peligro para la fe, del cual no estaban del todo libres los talleres de Plantino, varias veces sujetos ya a inspección

por orden de la Gobernadora Margarita, como sospechosos de haber sido utilizados para imprimir libros favorables a la seudoreforma.

Debió ser a principios de 1566 cuando el editor flamenco concibió la idea de hacer la impresión de la Biblia en varias lenguas. Mandó a Jorge Van Spangerber que tirase una hoja modelo en cuatro lenguas: hebreo, griego, caldeo y latín. El modelo fué presentado en las Ferias de Francfort y ofrecido a varios Príncipes y Señores, entre ellos a nuestro católico Monarca. Afortunadamente los Príncipes alemanes no secundaron los deseos de Plantino, pues de haberlo hecho, hubiera sido a buen seguro con espíritu y criterio luteranos.

Felipe II inmediatamente se dió cuenta de la trascendencia que la impresión tenía para la fe católica, y así encargó a su Secretario Zayas se entendiese con Plantino, durando las negociaciones más de un año, hasta fines de 1567, en que se dieron plenas seguridades al impresor.

Entretanto el Rey Prudente, comprendiendo la importancia que para el catolicismo revestía esta magna obra, trataba detenidamente con el Consejo Supremo de la Inquisición, el cual, después de consultar al Claustro de Teólogos de Alcalá, fijó las bases dentro de las cuales habían de moverse los que debieran intervenir en la impresión, y de común acuerdo con el Rey se determinó que fuese una persona competente a dirigir científica y doctrinalmente la obra.

Fué el elegido el Doctor Benito Arias Montano, sacerdote profeso de la Orden Religioso-Militar de Santiago, que si bien durante los cursos regulares de Sevilla y Alcalá no se había distinguido en las lenguas orientales, habíase dedicado después veinticinco años a estos estudios, principalmente en el retiro de la Peña de Aracena, según graciosamente se lo recuerda su amigo Luis de Estrada: «V. m. puede decir con tanta razón como el otro filósofo a sus coterráneos: *cum ipsi pila ludunt ego laboro*. Dígolo porque si V. m. no supiera más griego agora que sabía cuando comunicaba los aforismos de Hipócrates con el clérigo viejo de marras, ni más hebraico que cuando oímos el profeta Amós, sin puntos por gran valentía, temeridad fuera hacer versión del nuevo testamento y corregir todas las del viejo; pero después acá, que han pasado más

de veinticinco años, mientras roncaban los siete durmientes, V. m. ha velado y desveládose.»

El Rey había tomado todo linaje de precauciones para que la impresión de la Políglota resultase de una perfección acabada, teniendo presentes los medios de que se disponía en el siglo XVI. Rodeó a la persona de Arias Montano, su teólogo capellán, de máxima autoridad: le permitió trasladar a Amberes códices y otros valiosos elementos que habían servido a los impresores de la Complutense y dió sapientísimas instrucciones y urgentes recomendaciones al director de la obra, Arias Montano, a Plantino, impresor, al Duque de Alba, gobernador de los Países Bajos, a la Universidad de Lovaina, para que favoreciesen tan importante empresa, y aun a los proveedores o armadores de las galeras para que Montano pudiese llegar felizmente a su destino, y a los encargados de la Contaduría, para que no faltase el dinero necesario.

Admira todavía más la prolija minuciosidad del Rey Prudente, cuando se piensa que todo lo hacía en el año crítico de 1568, tan pródigo en conspiraciones de los enemigos de España en los Países Bajos, en el año de la ejecución de los Condes de Egmont y de Horn y de la sangrienta batalla de Flessinga, en que el Duque de Alba obtuvo resonante victoria.

Por su parte Montano tomó con tal ahinco y tan febril actividad la empresa encomendada, que en no más de tres años y medio (1569-1572) logró dar una edición tan acabada y de tan difícil confección material y literaria. Y es todavía más de admirar si se tiene en cuenta que en el transcurso de esos años absorbieron no poco su atención otros asuntos de solución urgentísima, sin dejar por eso de producir nuevas obras, todas ellas de exquisita factura.

Muchos y muy esclarecidos colaboradores le ayudaron en tamaña empresa, a todos los cuales menciona con elogio; pero además de que la casi totalidad de la obra hubo de redactarla él, todo lo de los otros tenía que ser examinado por sus propios ojos, ya que él era el director responsable, y así se lo había ordenado Felipe II en las minuciosas instrucciones que le dió.

Por cuán bien empleados darían sus concienzudos trabajos y desvelos así Arias Montano como Plantino cuando recibieron aquella carta de Felipe II, en que les decía: «Doctor Arias Montano, mi Capellán: Por la relación que Zayas me ha hecho de lo que le

habeis ido escribiendo después que llegastes a esos Estados y por los pliegos de papel y pergamino que habeis enviado, he visto el buen progreso que en la impresión de la Biblia, mediante vuestra industria y cuidado, y la diligencia de Plantino, se ha llevado; de lo cual y de que vaya tan al cabo y con tanta perfección he holgado mucho.»

Sería cosa de hacerse interminable, tratar de describir una por una las partes de esta obra gigante. Baste recordar que tiene ocho tomos en folio mayor: los seis primeros de la misma Biblia Sagrada en sus textos originales y traducciones diversas, y los dos últimos de estudios o tratados que Arias comprende bajo la denominación de *Apparatus*.

Los cuatro primeros contienen el Antiguo Testamento en el hebreo original, Vulgata latina, versión griega alejandrina y paráfrasis caldea con sus respectivas traslaciones al latín. El V contiene el Nuevo Testamento en griego y en siriaco, con sus traducciones latinas, y en la margen inferior el texto siriaco en caracteres hebreos. El VI ofrece principalmente el texto original íntegro, hebreo o griego, con su traducción interlineal latina.

Finalmente son objeto del VII y VIII los léxicos, observaciones gramaticales y apéndices varios.

Pero entre esos apéndices o Aparatos de su portentosa obra, merece especial mención el tratado que después se reimprimió aparte con el título *Antiquitatum Judaicarum Libri IX*.

«En el *Aparato* destos Libros Sagrados—decía ya en carta a Montano el cisterciense P. Luis de Estrada—mucho me admira la extraña curiosidad y trabajo de v. m., ansí en las artes (Gramática) como en los Vocabularios y Tablas, como en los Hebraísmos, frases, estampas y libros de sacras fábricas, pesas y medidas y ornato pontificial y arquitectura; porque todo ello espanta, y cada cosa por sí había menester un hombre entero, y tal como v. m., cuyas labores *lucernam redolent, utpote hominis qui plus olei quam vini consuevit insumere,* huelen a aceite de lámpara, como de hombre que suele consumir más aceite que vino, y gastar más en largas vigilias que en regalados festines».

En el tesoro inexhaurible de las sagradas páginas dice Montano haber encontrado datos, ideas, conocimientos de todo linaje de ciencias, que le serían suficientes para escribir una serie de volú-

menes del mayor interés y variedad, cuales no pudieron ni soñar los escritores del paganismo. Pero singularmente reconoce ser la Biblia un venero inestimable de datos geográficos, utilísimos para el cultivo de multitud de ciencias humanas y sin los cuales sería muy difícil entender e interpretar rectamente muchos pasajes escriturísticos.

Porque narrar hechos históricos sin conocer o sin exponer las condiciones topográficas de los sitios en que se realizaron, es involucrarlo todo y dar una idea sumamente confusa de las cosas. Así como hoy privan los mapas, planos y diseños, y no se concibe sin ellos una buena historia ni siquiera una crónica o reseña de acontecimiento importante, porque contribuyen a localizar los sucesos y a su mejor inteligencia, así la Biblia, que es colección de libros en su mayor parte históricos, no puede entenderse sin el estudio y observación de los lugares que fueron teatro de tan maravillosos acontecimientos. Es lo que con análogo propósito decía en la sesión pasada nuestro querido Director: la Geografía histórica, o la Historia geográfica.

Asimismo, como en un tratado histórico continuamente se hace alusión a instituciones, templos, edificios, utensilios, usos y costumbres de los individuos o pueblos cuyos hechos se relatan; a fin de que el lector fácilmente pueda ir siguiendo el hilo de la narración sin que le retarde ni entorpezca el ignorar muchas de esas cosas, es de suma utilidad reunir y ordenar su explicación en un tratado independiente, tanto más necesario cuanto mayor sea la autoridad y excelencia de los escritores cuyas obras se leen.

Y este es cabalmente el cometido de la Arqueología; por lo que ha sido y es considerada como un auxiliar poderosísimo de la Historia.

Mas si la historia de que se trata es inspirada; si todos y cada uno de los sucesos referidos—aun en sus más mínimos pormenores—están revestidos de una veracidad y autoridad divinas, en cuanto que el mismo Espíritu Santo inspiró los libros en que se contienen con todas y cada una de sus partes; dicho se está que sube de punto la importancia de estos estudios arqueológicos, los cuales llegan a constituir un fortísimo y poderoso apoyo de la misma Religión y de las Escrituras Santas. Ahí están si no la Protohistoria, la Asiriología, Palestinología y Egiptología, que en corroboración

del Viejo Testamento han hablado de un modo definitivo y elocuente, que han proyectado copiosa luz sobre relatos y acontecimientos bíblicos, llegando con sus descubrimientos y estudios a esclarecer y solucionar satisfactoriamente dificultades históricas que, cuando tales antigüedades se ignoraban, parecían de todo punto insuperables.

Reconoce Montano que en su tiempo algunos doctos que le precedieron habían investigado y expuesto algunas de esas materias concernientes a la Biblia; pero que por ignorar la misteriosa y profunda significación de los ritos, sucesos y monumentos de que se hace mérito en las sagradas Letras, o bien la lengua sagrada y las Bellas Artes, en particular la Arquitectura; u omitieron, o no entendieron ni trataron convenientemente muchas cosas muy dignas de estudio y consideración.

Por lo que, sintiéndose como llamado por Dios aquel varón doctísimo y virtuoso, preparado con el enorme bagaje de conocimientos que hemos indicado, se decidió a acometer ese trabajo de tan singular valor y originalidad.

Él fué quien primero que nadie coleccionó y publicó de una manera metódica y ordenada los conocimientos arqueológico-geográficos relacionados con la Biblia. Razón por la cual, al sobrenombre glorioso de «Rey de los escriturarios españoles», con que es generalmente apellidado, justamente podríamos agregar otro no menos honroso: el de *Fundador y Padre de la Arqueología Bíblica.*

B. SANTOS Y OLIVERA

12 de mayo de 1933



A MARÍA INMACULADA

Poesía premiada en el Certamen celebrado el año de 1932 en honor de la Inmaculada Concepción, en cumplimiento de lo dispuesto por el Sr. D. Antonio Sánchez Bedoya (q. e. p. d.)

LEMA: PENSANDO EN TI

PRELUDIO

Pensando en Ti se modelaba el mundo;
tu Misterio profundo
el Creador lo señala en la Natura,
y al hacer esta Luz que la ilumina,
brilló tu Imagen Pura
como Madre de Dios casi divina.

Pensando en Ti el sol da su tesoro;
su túnica de oro
cubre tu Imagen, y del sol vestida
de otro sol sois Aurora.
¡Tú la Corredentora,
has de ser sin pecado concebida!

Pensando en Ti, el astro de la noche,
con su argentado broche,
puso un nimbo de luz sobre tu frente,
y besando tus plantas virginales,

cegó con tu Pureza a la serpiente
cuando hollaste a las huestes infernales.

Pensando en Ti surgieron las estrellas;
y las doce más bellas,
quisieron sus fulgores regalarte;
de estrellas coronada,
empezaron los Cielos a cantarte
¡Virgen Inmaculada!

Pensando en Ti, las bóvedas del cielo
descorrieron su velo;
y descienden la Gracia y la Belleza
en purísimo tul,
y ellas tejen el manto a tu Pureza
con su divino azul.

Pensando en Ti, nacieron bellas flores;
para Ti sus olores,
y entre todas la límpida azucena
a tus plantas es símbolo y semilla
que canta con Gabriel la Gracia Plena
de Virgen y de Madre sin mancilla.

Pensando en Ti, Dios mira ya el Sagrario
—reliquia del Calvario—,
que tu carne purísima ¡oh María!
concebida sin mancha de pecado,
es pan de Eucaristía
y sangre de Jesús crucificado.

SALMO

Suenan liras y voces de profetas,
de sagrados cantares los acentos,
vibra el arpa de un Rey que te requiebra
entonando el cantar de tu misterio.

Sueña Jacob la *misteriosa escala,*
te ve Moisés entre la *zarza* ardiente,
la ebúrnea *torre de David* te alaba
y en el Desierto *tu fulgor se enciende.*

Nueva *alianza* tu Pureza guarda;
ella es la *Puerta* que nos lleva al cielo;
es la *Fuente* de agua Inmaculada
que ha de manar en tu sellado *huerto.*

Eres el *Trono* donde Dios se asienta;
una *vara* florida fué tu cetro;
el *Iris* te circunda cual diadema
y el *vellón* es la joya de tu cuello.

Estrella que nos guía en la mañana
y las tinieblas del pecado borra;
la *Nube* que en la bíblica Montaña
nos anuncia la lluvia salvadora.

Cuando callan oráculos y estros,
heraldos que anunciaron tu Pureza,
los querubes la ensalzan en el cielo
y los hombres la aclaman en la tierra.

HIMNO

¡Bendita la Pureza sin mancha de María!
¡Bendita y alabada su Pura Concepción!
Así te canta el pueblo, las Artes, la Poesía,
aun antes que la Iglesia consagre tu Oración.

Sin mancha te veneran Concilios y Doctores,
los claustros se perfuman con tu fragante olor,
los huertos franciscanos por Ti dan nuevas flores,
y siembran para Escoto tu gloria y tu loor.



INMACULADA CONCEPCIÓN.—Lienzo de Alonso Cano
(Mide 2,15 × 1,37 y lo posee Doña Dolores Cebrián de la Tovilla en Málaga)

El orbe entero canta la Gracia del Misterio
que al mundo corrompido le trajo la salud,
¡María Inmaculada, dulcísimo salterio
que hiciste de mi Patria un solio a tu virtud!

España entona el Himno, la antífona sagrada,
la Fe que tú nos dejas al pie de tu Pilar.
¡Honor eres de España, María Inmaculada,
que tú nos escogiste para primer altar!

Tu Nombre fué bandera, tu imagen fué testigo;
de hazañas y epopeyas heráldico blasón.
España por María derrota al enemigo,
los lauros de mi Patria los da tu Concepción.

España, la que siempre te dice ¡Ave María!
saludo que en Granada enciende nueva luz;
con él se hizo cristiana mi bella Andalucía
con él conquista España el reino de la Cruz.

España, la que jura con voto proclamarte,
y tan Pura te mira que del Dogma va en pos.
España, Inmaculada, ya quiere venerarte
y hasta el Trono de Roma ha llevado su voz.

CANCIÓN

Concebida la Virgen
fué sin mancilla;
de gracia toda llena,
como Sevilla:
que esta tierra parece
que está sellada
con tu cifra gloriosa
¡Inmaculada!

El rey que la conquista
combate y reza,
y con él va la Imagen
de tu Pureza.
La Ciudad de la Gracia
todos le dicen,
que aquí a la Pura y Limpia
todos bendicen.

Te bendice la «Aurora»
con el Rosario,
donde está tu Misterio
cual relicario:
en las rejas y calles
siempre es de día,
cuando en ellas florece
tu Ave María.

El huerto de mi tierra
tú lo has sembrado
de ese lirio fragante
del «Simpecado».
Purísima, te cantan
nuestros jardines;
y coro hacen con ellos
los querubines;
que del cielo en Sevilla
quedó un pedazo,
cuando copió Murillo
tu bello trazo.

Tu Catedral es Arca
de la alianza,
cuando bailan los seises
típica danza;
y todo el mundo entero
piensa en Sevilla,

cuando canta a tu Imagen
la redondilla.

En tu mote y escudo
«*Nomadejado*»,
pusieron tus fervores
el «*Alabado*»;
y yo alabo tu historia,
ciudad excelsa,
mientras canto tus coplas
a la Pureza.

Adela de Medina y Cuesta
(Gitanilla del Carmelo)

8-12-1932



LA CUESTA DE LA VIDA

Subiendo por la cuesta
paso tras paso,
caminito adelante
vamos andando;
sin saber quiénes somos
ni dónde estamos,
ni de dónde venimos,
ni a dónde vamos.
Por la cuesta hacia arriba
van los humanos,
sin momento de tregua
ni de descanso;
peregrinos que el rumbo
tienen marcado,
si uno cae, otros siguen
peregrinando.
Hay quien camina erguido,
quien, encorvado,
quien al otro más débil
le da la mano;
quien mira muchas veces
hacia lo alto,
quien no ve más que el suelo
que va pisando.
Unos van por el fácil
sendero llano,

otros por vericuetos
y por atajos;
y hay quien camina a ciegas,
quien pisa en falso,
quien anda entre las sombras,
quien va arrastrando...
Pero todos avanzan,
todos hermanos,
consumiendo sus fuerzas
en el trabajo;
¡que así tan sólo puede
parecer largo
un camino tan corto
como el que andamos!
Y cuando ven, rendidos
ya por los años,
que no llega ninguno
donde ha soñado,
agotadas sus fuerzas
por el cansancio,
van sembrando la tierra
del Campo Santo...
Pero siempre hay quien siga
paso tras paso,
dejando atrás a aquellos
que se agotaron.
Y así, camino arriba,
vamos andando,
sin momento de tregua
ni de descanso;
sin saber quiénes somos,
ni dónde estamos,
ni de dónde venimos,
ni á dónde vamos!

JOAQUÍN GUICHOT

EL ESCULTOR Y ARQUITECTO DIEGO LÓPEZ BUENO

DISERTACIÓN DOCUMENTAL

Acertó el famoso médico Francisco Sánchez de Oropesa al decirnos, en primorosa monografía sobre litiasis, que visitó en cierta ocasión a Jerónimo Hernández de Estrada hallándole tan al cabo que lo mandó olear y por desgracia no llegó a otro día. El domingo 27 de julio de 1586 se congregaron en casa del malogrado escultor—sita en la que se llamó calleja de los Moros hoy rotulada con su nombre—los ilustres maestros de imaginería Gaspar del Aguila, Bautista Vázquez, Juan de Oviedo y Hernández, Gaspar Núñez Delgado y Andrés de Ocampo para asistir al entierro del cadáver, que conducido a hombros de los cuatro oficiales de su taller, fué sepultado en el cercano templo de San Juan Bautista, vulgo de la Palma, de Sevilla.

Los testimonios vistos guardan silencio acerca de los nombres y circunstancias personales de aquellos cuatro oficiales; mas no pudieron ser otros, a nuestro parecer, que jóvenes continuadores de los principios estéticos del renacimiento interpretados por Jerónimo Hernández en sus obras; los que formaron su personalidad artística estudiando en los sesenta libros grandes y pequeños, escritos en lengua toscana y latina, que enriquecían la biblioteca del Maestro y aprovecharon sus explicaciones dadas ante los numerosos modelos de yeso y cera y bellas estampas que decoraban su taller; el grupo de imagineros vecinos de Sevilla que en

plena mocedad y merced a singulares dotes de inspiración y suficiencia se alejaron más o menos intensamente de las normas clásicas y supieron comunicar a sus creaciones esas modalidades realistas que tanto les caracteriza y encumbra durante la primera mitad de la centuria diecisiete.

He aquí sus nombres: Juan Martínez Montañés, Juan de Oviedo y de la Bandera, Diego López Bueno y Juan Bautista Vázquez y Hernández; y conste desde luego por ser de precisa necesidad a la historia de la escultura y de estricta justicia a la vez, que dichos oficiales de Jerónimo Hernández tuvieron por discípulos y colaboradores eficaces después, a los cordobeses Juan de Mesa y Felipe de Rivas, al granadino Alonso Cano y Almansa, al zamorano Juan de Remesal nacido en Alcañices, y a Francisco de Ocampo, natural de Villacarrillo, en la provincia de Jaén; porque es evidente que en nuestra ciudad cursaron su aprendizaje, en ella abrieron sus estudios y aquí labraron las peregrinas y admiradas creaciones de su portentoso ingenio.

En el Archivo general de Protocolos notariales de Sevilla encontramos los documentos que nos han permitido acrecentar la biografía de cada uno de los artistas citados; ahora nos proponemos divulgar la trasordinaria labor que Diego López Bueno tuvo a su cargo, y puntualizar la significación del Maestro gracias a dos de sus obras que logramos identificar y sometemos al discretísimo juicio de los señores Académicos. En las creaciones citadas se aprecian con claridad las enseñanzas adquiridas del trato y comunicación con Jerónimo Hernández, las que recibió de su deudo el insigne pintor Francisco Pacheco, y la decisiva influencia de su protector Martínez Montañés, que forjaron su notoria personalidad artista en la imaginería andaluza.

* * *

Diego López Bueno, que firma algunas veces con el segundo apellido de Renuescas, fué hijo de Antón López y de Leonor Díaz, es posible que viniese al mundo en tierras de Sevilla por los años de 1568, y muy cierto que celebraba en 1593 primeros desposorios con Isabel Sánchez de Burgos, hija de Diego López y de María de los Ángeles, y segundas nupcias con Ana Girón el año de 1608; su testamento y codicilo están fechados el año de 1632, el mismo

de su muerte y entierro que se efectuó en la iglesia parroquial de San Clemente—vulgo del Sagrario—de Sevilla, conforme a su voluntad postrera.

Tuvo su primer domicilio conocido en la que se llamó Plazuela de Santa Inés, frente al convento de religiosas franciscanas de la misma advocación, que es el trozo primero de la actual calle de Doña María Coronel; luego estableció su taller en la que se nombró calle de la Pulga, hoy de Olavide, donde desarrolla plausible y fecunda labor; y en el último decenio de su vida residió en el Postigo del Alcázar, tal vez por exigencias del honroso cargo de Arquitecto del histórico monumento que desempeñó hasta su muerte.

* * *

Mientras vivió en la Plazuela de Santa Inés, fines del siglo dieciseis y principios de su labor artística, no sólo trabaja López Bueno en compañía del joven escultor Juan Bautista Vázquez, en monumentos de Semana Santa para las iglesias de Zahara y El Puerto de Santa María, y en la mitad de los retablos mayores de los templos de Cortegana y Arcos de la Frontera, según convenio firmado por ambos en 1588, sino que contrata por sí mismo la ejecución de obras de verdadero empeño; de ellas damos noticias ciertas en seguida, con la esperanza de que los eruditos puedan colaborar a la identificación de muchas de las creaciones del Maestro.

Alabanzas unánimes dedicaron los peritos de aquel tiempo al retablo que labró en 1597 para la capilla y entierro del capitán Francisco de Montesdoca en la iglesia mayor de Moguer, y nos dicen que son primorosas las esculturas de San Pedro, San José, San Francisco y San Sebastián, y en particular la imagen de la Inmaculada hecha para que ocupase la caja principal de dicho retablo.

Todavía fueron más elogiados, al punto que inspiraron a Cervantes su memorable composición poética, los modelos y estampas que por encargo de la Ciudad de Sevilla trazó López Bueno en 1598 con destino al túmulo para las honras fúnebres de Felipe segundo en la Catedral hispalense, donde también pusieron manos Juan de Oviedo y Martínez Montañés. El Concejo municipal pagó mil reales por el trabajo, y años después entregaba su autor al

capitán García de Cuadro las doscientas hojas que integraban el modelo y estampas del túmulo para que las diese en Méjico al arquitecto Juan de Armero, a quien había encomendado su venta en la capital de Nueva España.

A mediados del mismo año 1598 hallamos a López Bueno obligándose con Martínez Montañés a labrar de mancomún el retablo mayor del monasterio de la Concepción de la ciudad de Panamá, por encargo de Francisco Terrín fundador del convento, alguacil y depositario general de dicha población americana. El 9 de agosto de 1600 estaba concluído de todo punto y se admiraban en el mismo las esculturas de la Asunción, San Andrés y Santa Úrsula, y los relieves de San Pedro, San Lorenzo, San Juan Bautista, San José con el Niño de la mano, la Magdalena en la penitencia y las Santas Polonia y Petronila, todos con las insignias respectivas y de singular belleza.

Mucha fama alcanzó con las obras mencionadas López Bueno, que aumentó con estas otras que ahora divulgamos, a saber: el retablo de la capilla de García Díaz de Villarrubia en la iglesia de Guadalcanal, concertado en 1591; los dos coros de sillas hechos en 1594 para el monasterio de Santa Clara, de Sevilla, tasados por Martínez Montañés y por Gaspar del Águila; el retablo con seis figuras de medio relieve y un Dios Padre en el frontispicio que le encargó en 1595 Juan de Guevara; el de la capilla de Bernabé Menuche en la iglesia de San Miguel de nuestra capital, labrado en compañía del entallador Pedro de Mora a principios de 1598; y en 1599 hallamos la interesante tasación suscrita por los maestros Miguel Adán y Juan de Oviedo del retablo de la capilla propiedad del capitán Pedro de Retana en el grandioso monasterio de San Francisco hispalense, donde advirtieron y encomiaron las expresiones devotas y actitudes artísticas de las esculturas de la Concepción y San Francisco y de los ocho santos de medio relieve que formaban el bellísimo altar.

Hasta aquí las escrituras de concierto de obras suscritas por López Bueno durante la centuria dieciseis.

* * *

Plenitud de facultades artísticas revelan los trabajos del insigne maestro escultor en los primeros veinte años del siglo diecisiete,

realizados en el edificio de su vivienda y estudio inmediato al de Martínez Montañés, porque ambos se hallaban bajo el campanario parroquial de Santa María Magdalena.

Corría el penúltimo mes del año mil seiscientos cuando el Prior de la comunidad de trinitarios calzados residente en el monasterio de las Santas Vírgenes Justa y Rufina, extramuros de Sevilla, encargó a López Bueno la hechura de un retablo de catorce varas de altura para el altar mayor de su iglesia conventual, hoy de Salesianos, que había de ejecutar conforme a ciertas condiciones y traza firmadas de su mano y letra.

En el centro del primer cuerpo del retablo se obligó a colocar una imagen de la Virgen con el Niño en brazos, que había de ser de tamaño natural, muy devota, de rostro honesto, bien plantada, de gracioso movimiento y vestida con mucho arte; y en las cajas laterales pondría las Santas Justa y Rufina, también redondas, de idéntico tamaño y de gallarda postura, hermosas de rostro, de honesto ademán, muy esbeltas y con bizarros trajes, de suerte—dice—que parezcan vírgenes y las vírgenes que fueron.

Convinieron asimismo que hiciese un trono de la Santísima Trinidad para el cuerpo segundo del retablo, con figuras de bulto y una gloria encima de ángeles y serafines; que en dos cajas laterales labraría de medio relieve las historias que el Padre provincial mandare, y que por digno remate del magnífico altar lucirían las imágenes del grupo del Calvario—Cristo Crucificado, la Virgen y San Juan—mayores que el natural y poseídas de tal movimiento y postura que cada una de ellas hiciese el oficio que representaba con mucho espíritu.

Es poco frecuente encontrar tan explícita autocrítica en las escrituras de ejecución de obras de arte, y muy rara vez hallamos tasaciones y aprecios repetidos a medida que el maestro avanza en su labor, cual ocurre por dicha en la que examinamos, así: en 28 de enero de 1602 los escultores Andrés de Ocampo y Martínez Montañés vieron las piezas labradas hasta entonces por López Bueno: dos Santos de la Orden trinitaria de escultura redonda, los relieves del Bautismo y de la Transfiguración, las imágenes del Crucificado y de las Santas Justa y Rufina, *y una historia del nacimiento de Jesús, de más de medio relieve, muy bien labrada.*

Una segunda visita y examen de la obra realizaron los mismos



Historia del Nacimiento de Jesús
Relieve de López Bueno.—(Iglesia de la Trinidad de Sevilla)

maestros el día 29 de noviembre de 1602—Ocampo en nombre de la Comunidad y Martínez Montañés por parte de López Bueno—, con acertadísimo informe tocante a la caja del retablo donde entraba el relieve de la Santísima Trinidad y la imagen del Crucificado que estaban por acabar en la visita anterior, y concluyen suscribiendo atinadas consideraciones sobre otras esculturas del majestuoso retablo; hemos regulado, dicen, la proporción de ellas y resulta que están medidas conforme al arte; y en cuanto a los paños, si al parecer y miradas las figuras desde fuera de su lugar, ponen mácula en ellas los que no entienden o juzgan con malicia, una vez puestas en su sitio han de tener mucha autoridad; y al estar colocadas en los encasamentos respectivos y desviadas por ende de la vista parecerían muy disminuídas de no tener como tienen tanto paño.

Sin tardanza comenzaron los trabajos para asentarlo en el altar mayor, levantado sobre gradas de siete escalones de mármol bruñido procedente de las canteras de Mijas, en la provincia de Málaga, y allí lució y fué admirado hasta que renovaciones estéticas y agitaciones políticas lo deshicieron a fines del siglo dieciocho, conservándose tan sólo en dicho templo el magnífico y bello relieve del Nacimiento de Jesús, en una capilla del lado de la epístola del mismo, que el fotograbado reproduce por vez primera y que la autocrítica de los tasadores copiada nos releva de cualquier otro comentario.



La otra obra de López Bueno que hemos conseguido identificar es el Crucificado que reproducimos y se conserva en la sacristía de la iglesia parroquial de San Juan del Puerto, de la provincia de Huelva. Perteneció al retablo mayor de dicho templo, que se obligó a labrar por escritura otorgada en Sevilla el día 17 de octubre de 1610, ampliada en lo tocante a las clases de madera a utilizar por nuevo convenio de 4 de enero de 1612, y en ambos firman a título de fiadores los artistas pintores Francísco Pacheco y José de Huerta.

En la caja principal del retablo lució un San Juan Bautista de muy buena escultura de siete palmos y medio de alto que celebraron sin reservas cuantas personas lo vieron, y en el encasamento

del remate puso el escultor las imágenes de Cristo, la Virgen y San Juan Evangelista del tamaño que con comodidad cupieran en el mismo. El pintor Huertas tomó a su cargo el dorado y esto-



El Crucificado. – Escultura de López Bueno
(Iglesia de San Juan del Puerto, provincia de Huelva)

fado del altar y con relación a las imágenes declara expresamente en una de las cláusulas del contrato que había de encarnar el rostro, manos *y cuerpo del Crucificado* con muy buenos colores de pulimento y abiertos los ojos con mucho arte y limpieza; retablo que llegó a feliz conclusión el año de 1625, a juzgar por las

diversas cartas de pago examinadas y del cual acaso no subsista otra escultura que la del Crucificado referido.

En la representación plástica de Cristo en la Cruz es donde más luce la habilidad y suficiencia artística del escultor y donde más se diferencian a simple vista unos maestros y talleres de otros; porque, decíamos en otro lugar, ha de resolver el dificultoso problema de asociar la idea con la forma, esto es, en un cuerpo desnudo de perfecta anatomía humana concebir un rostro expresivo de sufrimiento, a través del cual resplandezca la Divinidad. Ello requiere grandeza al crear, atento estudio de la naturaleza y alma de poeta en la ejecución, pero no sujeta a convencionalismos doctrinarios, ni siguiendo el sensualismo clásico, sino como se afirma acertadamente, con la poesía de su propia inspiración que logre confundir en admirable maridaje el cuerpo y el espíritu.

El Crucifijo de San Juan del Puerto es de líneas definidas y bellas, de conjunto expresivo de serenidad y revela hondo estudio de la forma humana; el sudario es de hechura tan elegante, despegado y movido que no vemos tipo análogo en los anteriores ni en los sucesivos dentro de la imaginería local; mide poco más de un metro en derecho de la cabeza a los pies; es admirable la proporción de los miembros y tanto en la actitud del rostro como en los rasgos fisonómicos y hechura de la barba recuerda al San José del relieve del Nacimiento del mismo autor. En esta historia lo mismo que en el Crucificado descubre López Bueno de una parte su talento artístico y de otra su significación en la historia del arte sevillano, a saber: un proceso lógico que arranca en el Cristo de la Clemencia, de Martínez Montañés y termina en el de Santa Isabel, de Juan de Mesa.

* * *

Una reseña sintética de obras encargadas a Diego López Bueno durante la primera veintena de años del siglo diecisiete, descubrirá el sinnúmero de las que ejecutó para dentro y fuera de Sevilla, y tal vez anime a eruditos y aficionados al seductor cometido de buscar y clasificar muchas de ellas, en alabanza merecida del olvidado maestro escultor y arquitecto. Veámoslo:

Con el renombrado pintor de imaginería Juan de Uceda cobró cierta cantidad de maravedises en el año de 1605 por el retablo

mayor de la iglesia conventual de San Sebastián, de la villa de Llerena; en 1608 firmó escritura de concierto de un retablo para la capilla de Doña Luisa de Góngora, en el templo de San Francisco, de Marchena; en compañía de Francisco de Ocampo comenzó a labrar en 1610 otro retablo de escultura y talla para la iglesia de Gerena, con historias de medio relieve de la vida de la Virgen, y en el mismo año tomó a su cargo la obra del retablo mayor de la parroquia de San Pedro, de Carmona; en 1611 redactó y firmó curiosas condiciones obligándose a labrar otro retablo en la citada iglesia de Marchena, que había de llevar en la caja principal del primer cuerpo la imagen de San Buenaventura, de bulto redondo y de vara y media de alto; y en el año de 1616 otorgó carta de pago del retablo mayor del templo monacal de franciscanos descalzos de Ntra. Sra. de Gracia, en Villamanrique, que hizo con sujeción al memorial compuesto por su colega insigne y Jurado sevillano Juan de Oviedo y de la Bandera.

Los conciertos de ejecución de obras para templos de Sevilla, firmados por López Bueno en el período de tiempo referido, principian en el año de 1601 con la hechura de la Virgen para un paso de la Encarnación; en 1603 convino con Pedro López de Lara el hacer un retablo para la capilla de San Jorge, sita en el monasterio de San Francisco, en el cual pintaría Juan de Uceda un San Laureano de cuerpo entero y vestido de pontifical; declara en carta de pago suscrita en 1604 que había recibido de Juan Vicente Bravo la cantidad de 880 reales por una imagen de la Virgen, con probable destino a la capilla de la Casa de la Moneda Hispalense; en 1605 se obligó a construir un retablo para la capilla de Martín de Morales, sita en la parroquia de Omnium Santorum; en 1606 firmaba la escritura de obligación del magnífico retablo mayor del templo de San Martín, que en otro lugar publicamos en todos sus aspectos artísticos; y en el mismo año convenía la ejecución del retablo de la capilla de Alonso Cristin, inmediata a la sacristía de la iglesia de San Lorenzo.

De acuerdo con su compañero Pedro de Mora accedieron a cierta transacción en el pleito seguido con motivo del retablo que labraron para la capilla de María de Cabero, sita en el mencionado templo de Omnium Santorum; en el monasterio de San Pablo hizo en 1613 un retablo para el coro bajo, con una imagen de San

Antonio, y al siguiente año tomó a su cargo el retablo mayor de la capilla de la Concepción del convento de Regina Angelorum, con las esculturas de San Juan Bautista y del Evangelista; para los mismos Santos hizo dos retablos en 1616 por encargo del convento de la Encarnación o de Belén, y otro para la capilla propia de Juan Bautista de Luque en la parroquia de San Isidoro; por último, en 1617 se obligaba a construir un retablo con la imagen de la Concepción para la capilla de Alonso Fernández de Torres, en el que fué templo parroquial de San Miguel de Sevilla .

* * *

Llegamos al decenio postrero de la vida de López Bueno que se desenvuelve en amplio local del Postigo del Alcázar; es la época de su actividad y maestría arquitetónica que heredó del insigne Pedro Díaz de Palacios, inmediato sucesor del genial Hernán Ruiz en el oficio de arquitecto del arzobispado hispalense. Ahora, mientras que Juan de Oviedo muestra sus singulares conocimientos de arquitectura al servicio del Cabildo secular, nuestro Diego López Bueno concibe y dirige con aplauso unánime importantes obras ejerciendo los honrosísimos cargos de Maestro Mayor de fábricas del Cabildo Catedral, del Arzobispado y de los Alcázares sevillanos.

Son innumerables las trazas, informes, aprecios, memoriales y pliegos de condiciones de mano y letra de López Bueno, tocantes a variadísimas construcciones y reparos de edificios que contemplamos en el Archivo de Protocolos; citaremos tan sólo, dada su mucha curiosidad, el dictamen emitido acerca del edificio nombrado Hospital de San Pedro que construyó en el año de 1595 el arquitecto Baltasar Barón en la villa de Bornos; muy digno de examen es el pliego de condiciones que redactó en 1615 para las obras a ejecutar en las bóvedas del crucero, presbiterio y capillas colaterales del templo de San Lorenzo, de Sevilla, que tomó a su cargo el maestro Andrés de Oviedo; revela su pericia el extenso memorial y la traza firmados en 1617, en compañía de Miguel de Zumárraga, tocantes a la capilla mayor de la parroquia de Cumbres Mayores, y asimismo las prolijas condiciones que redactó en 1622 para importantes obras a realizar en la iglesia del convento de San

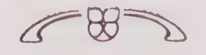
Buenaventura, de Sevilla, con pormenores de indudable valor para conocer la evolución del estilo barroco hispalense.

A este misma época corresponden además retablos y esculturas de notorio mérito hechos por López Bueno, cual el de la cofradía de San José con la imagen de la Virgen, en el convento de mínimos de San Francisco de Paula, titulado de la Victoria, en Triana, que ocupaba la actividad del artista en 1625; el majestuoso retablo de la capilla de San Pedro, en nuestra Catedral, labrado por encargo de Doña Guiomar Pardo y Tabera de la Cerda, Marquesa de Malagón y de Rechilla en dicho año, juzgado por Martínez Montañés en estos términos: que estaba en toda perfección y primor de arte los adornos, enriquecimientos de talla, capiteles, tarjetones, agallones, frontispicios, remates, escudos, bastidores y los tableros para lienzos de pintura a cargo de Francisco Zurbarán; y en 1628 otorgó carta de pago por la hechura del retablo concluído y entregado por López Bueno al pintor Francisco de Varela con destino a la severa capilla de los Cervantes, que subsiste y merece particular estudio en la iglesia de Omnium Santorum de Sevilla.

Continuamos lentamente identificando nuevas obras de escultura y arquitectónicas de López Bueno y observamos la eficaz aportación del olvidado imaginero al desenvolvimiento progresivo del retablo hispalense; fué el maestro que más se ajustó al estilo de Martínez Montañés, si bien acusa relevante personalidad artística al componer las escenas de los relieves, en las expresiones y movimiento de las figuras, y en la interpretación de actitudes y paños dentro de los moldes clásicos que perpetuó en sus obras.

CELESTINO LÓPEZ MARTÍNEZ

Sesión del viernes 3 de febrero de 1933



ROMANCILLO EN HONOR DE LA INMACULADA VIRGEN MARÍA

Poesía premiada en el Certamen celebrado el año de 1933 en honor de la Inmaculada Concepción, en cumplimiento de lo dispuesto por el Sr. D. Antonio Sánchez Bedoya (q. e. p. d.)

LEMA: AVE, MARIA, GRATIA PLENA:
DOMINUS TECUM...

Los ángeles tocaban,
gozosos, sus salterios,
y el arpa de la lluvia
pulsó en su mano el viento.

San Gabriel Arcángel
ya viene descendiendo
del cielo a Nazareth,
al campo galileo.
Ingrávido, la tierra
depárale un sustento,
y a sus pisadas nuevas
le ofrece un clima nuevo.
Le dan los buenos días
las flores de los huertos,
las ramas de los árboles
movidas por el céfiro.
Como sus alas tienen

raíces en el cielo,
la tierra más florida
le promete un destierro.
Como sus alas llegan
de un planetario inmenso,
la tierra más poblada
le parece un desierto.
Los pájaros se emboban,
revuelan para verlo;
se asoman a los ríos
estrellas y luceros.
Quiere volar el sapo
con las alas del cuervo;
su escala de Jacob
la yedra ofrece al trébol;
lirios y margaritas
quieren subir al cielo;
los peces y las ranas
quieren ir a su encuentro.
San Gabriel les dice:
—Esperad un momento—
y todo el mundo queda
en Nazareth suspenso.
San Gabriel desciende,
apenas pisa el suelo;
sus alas va injertando
al aire nazareno.

Descubre allí a María,
en un rosal tendiendo
la ropa que empapara
sudor de carpintero.
Lavando está María
al pie de un arroyuelo;
el agua se perfuma
sólo al mojar sus dedos.
Si el corazón se afana
para regar el cuerpo,

no riega el de María
sino rubores bellos.

La Anunciación comienza
debajo de un almendro;
las flores, de rodillas,
asisten al Misterio.
¡Arrodilladas flores
de la mano del céfiro,
y arrodilladas nubes
en hombros de los vientos!

—Por ti vengo, María,
por ti bajé del cielo;
de tu vientre purísimo
ha de nacer el Verbo.—
El río en estiaje
confía en sus veneros;
si por las nubes fuera
ya el río estaba seco.
Y un río de pureza
a ti baja del cielo
para inundar tu vientre
sin mancillar tu cuerpo.

Se le anegó en pudores
castísimos el pecho,
y le brotó el aroma
de un puro pensamiento:
—Si se eligió ese vientre
con santidad de templo,
sin huellas de varones
nazca en el mío el Verbo...!

Cielos de alfombras mágicas...
Davídicos salterios...
Sobre aljibes y dátiles,
sobre montes y pueblos,

cien nubes beduínas,
con gibas de camellos,
huyen de las cuadrigas
romanas de los vientos.

San Gabriel Arcángel
vuelve otra vez al cielo;
mil pájaros le escoltan,
de la paloma al cuervo,
con su escuadrón de alas
aún no cristiano, hebreo...

Los ángeles tocaban,
gozosos, sus salterios,
y el arpa de la lluvia
volvió a pulsar el viento..,

Adriano del Valle y Rossi

Noviembre de 1933



Un documento curioso sobre cultura científica en Sevilla en el siglo XVII

Esta última temporada de verano nos ocupamos en buscar datos referentes a la vida científica española en el siglo XVII, durante el cual no hemos de negar que se nota una gran decadencia en cuanto a las ciencias se refiere, pero no hemos de decir tampoco que se abandonaran los estudios de esa clase. No se perdió todo ni mucho menos, antes al contrario, a poco que se investigue se encuentra que quedó bajo la ceniza superficial un vivo rescoldo en el que se encendieron muchas de las luces que brillaron en el siglo XVIII.

Precisamente fué Sevilla uno de los puntos de España en que mejor se conservó el fuego sagrado.

Continuó la Casa de Contratación con sus cargos científicos y enseñanzas. En 1681 se fundó el Colegio de San Telmo, plantel de marinos, de gloriosa historia y a la vez en otros órdenes científicos se trabajó activamente en varios ramos como en la botánica y también en la anatomía humana, que cultivada secretamente al principio, había de salir a luz antes de que terminara el siglo, aún en tiempos de D. Carlos II, al crearse la Sociedad de Medicina y Ciencias de Sevilla.

Uno de los testimonios de lo que venimos diciendo es el curioso documento que corresponde en el Archivo de Indias al número 1520 del Indiferente general. Dice así:

«Señor: Damos cuenta a S. M. de como D. Fran^{co} de Herrera, Artillero maior y D. Manuel Salvador Barreto, fabricador de Ins-

trumentos para la Navegaz^{on} han fallecido y en sus ocupaciones hemos nombrado otros que las exerzan por ser tan preciosas como inescusables en este Tribunal; en el interin que S. M. se sirve mandar se nos avise si se han de poner edictos o hacer otras diligencias para la propiedad de ellas, y tambien como hemos nombrado persona en la ocupacion de Catedratico de las Matematicas, que al presente esta a cargo del Dr D. Alonso de Bacas Montoia presvitero, Resp.^{to} de la imposibilidad que tiene de poderla servir por sus prolijos y grandes achaques; Suplican a S. M. que en atencion al mucho tpo. que ha que exerce esta ocupacion con toda aprovacion de este Tribunal, se digne S. M. mandar jubilarle con el sueldo como se ha hecho con otros Minros, para su sustento y mantencion y que se le pueda acudir en la Casa Ospital de Benerables Sacerdotes que ay en esta Ciudad (donde se halla al presente) con la desencia que pide la dignidad de su estado, pues por su mucha pobreza se hallo precisado a valerse de ella con el cargo de contribuir con lo que importare su Salario como lo ha hecho en los dos rateos que ultimamente se han executado en esta Casa.

Dios G.^{e} L. C. R. P. de V. M. muchos años.

D. Gaspar de Cuesta y Davila (rubricado)

Sevilla 11 de Octubre de 1707 años.»

«La jubilacion se concedio en 22 de Noviembre.»

Como vemos el documento es ya del siglo diez y ocho, pero se refiere a personas que vivieron y desarrollaron toda su actividad en el diez y siete, dentro del cual también habían tenido su formación científica, que supone la existencia de profesores y antecesores dentro del mismo siglo y llegaron a ocupar cargos de importancia que desempeñaron largos años y muy especialmente el matemático Dr. D. Alonso de Bacas Montoia, que tanto tiempo desempeñó su cátedra a satisfacción del Tribunal y cuyas virtudes siempre patentes se contrastan muriendo en la mayor pobreza. Sirva a todos de ofrenda esta breve nota.

FRANCISCO DE LAS BARRAS



Redacción y Administración:
PLAZA DEL MUSEO N.º 8

PRECIO DE ESTE NÚMERO:

Cuatro pesetas

Imp. y Lib. Sobrino de Izquierdo.—Francos, 43-47.—Sevilla